

LOS SORRENTINOS

VIRGINIA HIGA



13

Hace poco más de un siglo, una familia partió de Sorrento y se instaló en la ciudad argentina de Mar del Plata para abrir un hotel y luego una trattoria cerca de la playa. Podría tratarse de una familia cualquiera de las tantas que inmigraron por esos años, pero esta tuvo una participación especial en la cultura argentina: inventó los sorrentinos, una pasta que hoy se come en todo el país. La trattoria pasó de las manos de los padres a las de los hijos, y del hermano mayor al menor, el Chiche, un hombre que amaba el cine, la porcelana comprada en Europa y la buena conversación, alguien para el que el mal gusto era un rasgo imperdonable y que, apenas con una ocurrencia, podía convertir una situación banal en una anécdota que se contara por años en las sobremesas. Virginia Higa recogió las piezas de un relato familiar para escribir una novela sobre este personaje inolvidable, y sobre mujeres y hombres de aparente sencillez que protagonizan amores eternos y soledades profundas, muertes, traiciones y canciones, anhelos de costas lejanas y profecías de videntes, mientras celebran el idioma común de un clan inquebrantable. Como en las mejores comedias — especialmente las italianas—, en *Los sorrentinos* todo se mezcla y se confunde: la risa con el llanto, el destino de una familia con el de un país y la vida bien vivida con la más afortunada de las herencias.

Virginia Higa

Los sorrentinos



Título original: *Los sorrentinos*
Virginia Higa, 2018

Revisión: 1.0
01/04/2020

Esas frases son nuestro latín.
NATALIA GINZBURG, *Léxico familiar*

El Chiche Vespolini era el menor de cinco hermanos, dos varones y dos mujeres. Su verdadero nombre era Argentino, pero le decían así porque de chico era tan lindo y simpático que se había convertido en «el chiche de sus hermanas». Los Vespolini se habían instalado en Mar del Plata a principios del 1900 y siempre habían tenido hoteles y restaurantes. De su familia el Chiche había heredado la Trattoria Napolitana: el primer restaurante en el mundo en servir sorrentinos.

Los sorrentinos eran una pasta redonda, rellena, que había inventado Umberto, el hermano mayor del Chiche, bautizada en homenaje a la ciudad de sus padres. El sorrentino no tenía el borde de masa de los pansotti, ni el relleno de carne de los agnolotti, ni llevaba ricota como los cappelletti. Era una media esfera con cuerpo, hecha con una masa secreta, suave como una nube, rellena de queso y jamón.

De vez en cuando aparecía alguien en la trattoria que tenía el mal gusto de preguntar, con cierto aire superado: «¿El sorrentino no es lo mismo que un raviol pero redondo?». Ante esto, las mujeres de la familia ponían los ojos en blanco y los hombres se reclinaban en sus sillas y resoplaban.

Para el Chiche, la persona que hiciera esa pregunta, además de ser ignorante, carecía de sensibilidad. Es sabido que el raviol se come de un bocado, y que en un plato entran incontables ravioles. El raviol no es una entidad definida, existe en la acumulación. Decir «comí un raviol» es una cosa absurda, un sinsentido. Un sorrentino, en cambio, es un ente en sí mismo. Un niño o una mujer que se alimentara como un pajarito pueden comer un solo sorrentino con total dignidad. El sorrentino se puede cortar tres o cuatro veces, y el pedacito resultante sería un bocado tan decente como cualquier raviol. «Cada pasta tiene su personalidad», decía el Chiche, que también corregía a quienes confundían agnolotti con tortellini, o tagliatelle con pappardelle.

En la trattoria, la porción traía seis sorrentinos; ni uno más, ni uno menos. Era fundamental que el sorrentino se cortara solo con el tenedor; al que le clavara un cuchillo se lo calificaba inmediatamente de forastero. Si lo hacía alguien de la familia se lo corregía en el acto. Cuando algún sobrinito aprendía a comer con cubiertos y se le enseñaba la importancia de no cortar ninguna pasta blanda con cuchillo, la lección era aceptada como un dogma. Tampoco estaba bien visto pinchar los sorrentinos con los dientes del tenedor; había que cortarlos con el borde y acompañar el pedacito suavemente, como con una pala muy delgada. Si el que incurría en la falta era un extraño, el Chiche lo miraba como diciendo; «no tiene arreglo». Si un miembro de la familia presentaba a un nuevo novio o novia en el restaurante, antes de que el recién llegado se sentara a la mesa —y en lo posible antes de que entrara en el local— había que instruirlo en la

etiqueta del sorrentino. La familia consideraba que los buenos modales en la mesa eran la manifestación externa de un alma noble. Los modales más elegantes eran también los más simples: el cuchillo, al comer las pastas, resultaba innecesario. También les disgustaba que la gente acompañara los fideos con una cuchara, porque eso quería decir que no tenían la destreza de hilar una madeja de spaghetti que pudiera entrar en la boca con gracia y precisión.

La trattoria funcionaba en un salón muy grande con más de cincuenta mesas y un enorme farol de vidrio rojo y amarillo colgando del techo. Todas las paredes estaban cubiertas de fotos de Italia, sobre todo de lugares del sur, con su correspondiente nombre: *Amalfi, Sant'Agello, Ischia, Museo Corréale di Terranova, Castellammare di Stabia, Pompeii, Ercolano*. En las paredes, además, había platos conmemorativos de celebraciones en las que el Chiche había participado; platos con ilustraciones de aves argentinas; fotos de sus viajes por el mundo; una foto del papa Francisco visto desde lejos en la plaza San Pedro; fotos del Chiche con figuras internacionales que habían cenado en la trattoria; varios cuadros de deportistas famosos autografiados (Gabriela Sabatini, Maradona y Guillermo Vilas); fotos familiares de todas las épocas; fotos de cuando el Chiche había recibido la Llave de Mar del Plata; fotos de cuando había sido nombrado Ciudadano Ilustre del municipio de Sorrento; espejos; cucharones de bronce; imágenes de santos y vírgenes; palos de amasar; pingüinos de cerámica; una pintura de la fragata *Sarmiento*; calendarios de marcas de pastas; plantas en macetas de terracota; una colección de botellas de vino Chianti en canastas de mimbre; doce muñequitos que representaban a los monjes de la abundancia; pequeñas copas y odres de vino; un póster gigante de la selección argentina de fútbol de 1986; una colección de elefantitos de cerámica; tres teteras de porcelana; platos decorativos con los distintos bailes folclóricos italianos y un mapa con los panes y las pastas originarios de cada región de Italia en el que, naturalmente, no figuraba la especialidad de la casa.

Al mediodía y a la noche, sin excepción, el Chiche recorría la trattoria con los pulgares enganchados en los tiradores, supervisando el trabajo de las cocineras y dando órdenes a los mozos. A muchos de sus empleados les cambiaba el nombre o les ponía uno que creía que iba bien con su cara: a Susana, la cajera, la había rebautizado Marta; a una cocinera la había apodado «Facha Fariña». Al mozo Mario lo llamaba «Carpi».

—Carpi, leeme el diario —le decía los días en que no había mucha gente en el salón.

Y Mario se sentaba a la mesa reservada para el Chiche y su familia y le leía *La Capital*, deslizando de vez en cuando su nombre en alguna noticia. Leía, por ejemplo, un titular: «Asesinan a travestí en una playa de La Perla». Y agregaba: «Se cree que era amante de Chiche Vespolini». El Chiche resoplaba una carcajada y seguía tomando la sopa. «Carpi» no era un apodo único, sino un estatus que el Chiche usaba para nombrar a ciertas personas, aunque nunca había aclarado qué implicaba ser «Carpi» ni qué había que hacer para llegar a serlo. La familia tenía una vaga idea de lo que significaba, pero solo se aproximaban a ella por los indicios que él les iba dando.

—¿Yo soy Carpi? —le preguntaba algún sobrino en la mesa, y el Chiche respondía:

—No, vos no.

—¿Y el tío Honorio es Carpi?

—Sí, claro —respondía el Chiche sin vacilar.

Y así podían seguir nombrando personas durante una comida entera; para el Chiche, algunos eran «Carpi» y otros no, pero los motivos nunca quedaban claros.

Los viejos clientes, los que volvían cada verano a comer al restaurante, saludaban al Chiche

con un abrazo y le acercaban a sus hijos para que les tocara la cabeza y viera cómo habían crecido. El Chiche les preguntaba si la pasta estaba a punto y les deseaba buen provecho con un gesto mudo de asentimiento. Si un cliente se quejaba porque la salsa estaba muy agria o el relleno demasiado salado, el Chiche probaba del plato y hacía una mueca de disgusto, dándoles la razón. Entonces el plato volvía enseguida a la cocina, donde lo reemplazaban por otro lo más rápidamente posible.

Una señora que trabajaba en la trattoria también se ocupaba del Chiche, le preparaba la sopa especial del mediodía y le limpiaba la casa. Se llamaba Adela y nadie sabía adivinar su edad porque era baja y huesuda como una anciana, pero tenía la piel lisa y luminosa que solo tienen las mujeres muy jóvenes y algunas monjas. Como el restaurante siempre estaba lleno con los sobrinos del Chiche, que iban a comer gratis cada vez que podían, ella también lo llamaba «tío».

—Adela, no tenés ni pies ni cabeza —le decía el Chiche.

—Ay, tío, ¿entonces cómo vine a trabajar? —respondía ella con vocecita infantil.

El Chiche vivía en un departamento de dos habitaciones, arriba del restaurante, al que se llegaba por una escalera angosta, cubierta de alfombra verde. Después del turno del mediodía, cuando el salón estaba en silencio, con las luces apagadas y las mesas sin manteles, el Chiche subía a dormir la siesta. Antes de volver a sus tareas, Adela tenía que quedarse sentada al lado de su cama y mirar con él el noticiero de la RAI hasta que el Chiche empezara a roncar. Si a ella se le cerraban los ojos o la cabeza le pesaba sobre el pecho, él le gritaba:

—¡Adela, no te duermas!

Ella daba un salto en la silla y respondía:

—¡Tío, si estoy mirando el *telegiornale*!

Adela usaba un delantal de cocinera y una cofia gris y blanca que no se sacaba nunca. El Chiche dependía de ella para todo, no dejaba que nadie más le trajera el plato de sopa o le lavara las camisas.

—Adela, si serás reventada —le decía—. Vos sos fácil, te dejás.

—Tío, las cosas que dice —se reía ella.

Adela se parecía físicamente a Leonor, una mujer que había trabajado en la casa del Chiche cuando él era chico y que tenía siempre el pelo pegado a la cara y las manos callosas de lavandera. En la mesa familiar del restaurante, las hermanas mayores del Chiche contaban que un día, mientras lavaba la ropa, Leonor había tocado una dureza metálica dentro del pan de jabón. Exaltada de emoción, se había puesto a gritar: «¡La casa! ¡Me gané la casa!».

Por esa época, la marca Jabón Federal regalaba un chalet en la provincia de Buenos Aires al que encontrara una llave dorada escondida en uno de sus productos, y ganarse el «chalet Manuelita» era el gran tema de conversación en todas las cocinas y el sueño de cualquier empleada doméstica. Al oír los gritos de Leonor, sus compañeras —la cocinera y la chica que limpiaba— corrieron a abrazarla y gritaron con ella de alegría hasta que una notó, con una punzada de sospecha, que la llave no era dorada, como la de la publicidad, sino que se parecía mucho a la de la puerta de la despensa. Cuando salieron de la cocina vieron al Chiche, en el centro del salón, tirado en el piso retorciéndose de risa. Era obvio que el Chiche había calentado la llave en la hornalla para meterla en el pan de jabón. Entonces Leonor agarró un cuchillo y lo persiguió por toda una cuadra gritando: «¡Lo reviento!». Después de ese episodio, los padres del Chiche lo pusieron en penitencia durante un mes entero y a la pobre Leonor la despidieron.

Por esa misma época, el Chiche había convencido a otra empleada, Marita, para que le tiñera el pelo de negro con la misma tintura que usaba ella. Quería parecerse a Rodolfo Valentino y le insistió tanto mientras la seguía por la casa que ella, para sacárselo de encima, dijo que sí. Él, encantado con el resultado, se presentó ante sus padres con el pelo negro azabache y un turbante de la madre en la cabeza.

—¿Quién soy? —les preguntó.

A la pobre Marita también la despidieron.

Durante el tiempo que duró la tintura, el Chiche tuvo prohibido ir al colegio y salir de la casa porque los padres tenían miedo de que hablaran mal de la familia o de que su hijo los pusiera en ridículo. Se pasó esas semanas escuchando radionovelas, leyendo policiales y comiendo aceitunas.

De Adela nadie sabía demasiado, salvo que vivía muy lejos de La Perla, el barrio donde estaba ubicada la trattoria, porque a veces mencionaba haber tomado dos colectivos para llegar. También que tenía hijos. «Los chicos», decía, aunque no se sabía qué edades tenían, ni si eran dos o muchos más. De marido nunca hablaba. Era amable y solícita con los sobrinos más chicos del Chiche, que todavía no habían empezado la escuela y que, copiando el modo en que él se dirigía a ella, le pedían cosas caprichosas:

—Adela, traeme un pedazo de queso cortado.

Y cuando ella se lo traía, le decían:

—No, Adela, si serás boluda, este queso no, el otro, el de rallar.

O le decían:

—Adela, servime un postre con mucho dulce de leche.

Y no le agradecían cuando ella les traía el plato.

Adela nunca se quejaba, siempre sonreía.

El Chiche le decía «catrosha».

—¡Adela, si serás catrosha!

Catrosha era una palabra que existía solo en esa familia y que venía del napolitano.

—Claro que estás cansada —le decía el Chiche cuando a Adela se le escapaba un bostezo—. Seguro que anoche anduviste catrosheando por ahí.

El Chiche sufría cuando ella se tomaba vacaciones, una vez cada dos o tres años. Otras empleadas del restaurante se encargaban entonces de él, pero, por más empeño que pusieran en las tareas, el Chiche resoplaba y bufaba, porque ninguna era tan dócil y tan diligente, y todas le parecían mucho más catroschas que Adela.

La palabra *catrosho*, en masculino, también existía, aunque no significaba exactamente lo mismo que *catrosha*, ni era despectiva.

Además de observar si sabían comer las pastas, el Chiche interrogaba a cada novio o novia de sus sobrinos que aparecía por el restaurante y les sacaba información privada de mentira a verdad. Al novio de su sobrina Verito le preguntó:

—¿Y para cuándo la moto?

—No —dijo el novio—, no me gustan las motos.

—Ah, muy bien, muy bien —asintió el Chiche, como diciendo: «prueba superada».

Las preguntas iban cambiando con el tiempo.

—¿Vuelve Perón?

A la novia de Rolo, su sobrino favorito, le preguntó al poco tiempo de conocerla:

—¿Te molestaría que Rolo fuera catrosho como su tío?

Ella se rio, porque Rolo ya le había explicado lo que significaba ser catrosho.

—¿Qué hacían tus padres durante la dictadura? —le preguntó al novio de una prima la primera vez que él se sentó a la mesa familiar.

—¿Los judíos tienen infierno? —le preguntaba siempre al novio judío de otra sobrina.

El cielo y el infierno eran temas que le preocupaban.

A veces las preguntas no buscaban respuestas nuevas, sino siempre la misma. En la época en que el hombre llegó a la luna, el Chiche, que consideraba a los norteamericanos el pueblo más simplón del mundo, empezó a repetir:

—*Our boys! Our boys to the moon!*

Y cada vez que se mencionaba un asunto relacionado con los Estados Unidos, el Chiche exclamaba en tono burlón: «*Our boys!*». Tanto lo repetía que, si lo hacía en la mesa familiar, eran los otros los que terminaban la frase: «*To the moon!*».

—¿Te acordás de cuando éramos imperio? —le preguntaba siempre el Chiche a alguno de sus sobrinos.

El sobrino tenía que responder que sí, que se acordaba.

—¿Qué grande era el emperador Augusto! ¡Qué inteligente! —seguía—. ¿Te acordás de cuando conquistamos la Galia? —Y agregaba, con una mueca de asco—: ¡Qué brutos eran los franceses!

A toda la familia le desagradaban en general los franceses. Decían que se mandaban la parte, que no sabían cocinar y que eran sucios. Carmela, una de las hermanas del Chiche, afirmaba que cuando escuchaba pronunciar el francés, incluso en una película, le daban ataques de náusea. Contaba que cuando era chica y la familia pasaba largas temporadas en Italia sus padres habían contratado a un profesor francés para que les enseñara la lengua a todos los hermanos (menos al Chiche, que todavía no había nacido). El profesor era serio y un poco catrosho, y los obligaba a memorizar frases de Moliere. Los chicos lo hacían enojar porque tenían un juego que consistía en intentar no reírse y en el que, por supuesto, terminaban riéndose a carcajadas cada vez que él se daba vuelta para anotar una frase de Moliere en el pizarrón. Cuando el profesor se cansaba y los retaba, ellos se reían aún más. Estaban acostumbrados a los insultos en napolitano, con vocales muy abiertas, y los insultos en francés les sonaban ridículos e inofensivos como los ladridos de un perrito.

—Además —decía el Chiche—. Napoleón era prácticamente italiano. Si hubiera nacido un año antes, habría sido italiano. *¡Napoleone di Buonaparte!*

Para Carmela tanto como para Electra, la otra hermana del Chiche, las mujeres francesas eran todas catroshas. Decían que tenían cara y, sobre todo, boca de catroshas, y eso les venía de hablar con la lengua afuera frunciendo los labios y también de hacer otras cosas de catroshas con la boca. Sin embargo, aunque no lo admitieran, consideraban que las francesas eran contradictorias, un verdadero misterio, porque a muchas les gustaba parecer catroshas cuando en realidad no lo eran.

—A las francesas les gusta calentar la pava y después no se toman el té —solía decir Carmela.

Si a una mujer se le deslizaba un bretel del vestido pero seguía hablando como si nada, sin darle importancia y con el hombro al desnudo, para Electra esa mujer era bastante catrosha. Para Carmela, teñirse el pelo era de catrosha, y también lo era dejar que se transparentaran las líneas

de la ropa interior en una pollera o un pantalón, tocar con familiaridad a hombres que no fueran el propio marido o reírse a carcajadas dejando caer el pelo teñido hacia atrás.

Como además de perfeccionar las recetas familiares al Chiche le gustaba inventar postres, había creado para el menú de la trattoria el «postre catrosho», que más tarde, en un gesto de autohomenaje secreto, pasó a llamarse «postre Don Chiche». Consistía en una copa con los siguientes ingredientes, dispuestos como capas geológicas: helado de crema americana, *mousse* de chocolate, dulce de leche repostero, crema *chantilly*, nueces enteras e hilos de chocolate caliente al que llamaban *Charlotte*, que se servía al final, con una jarrita metálica, y que se congelaba enseguida sobre el helado formando una red. El postre catrosho era un éxito, el cierre perfecto para una comida, y venía servido en un copón rebosante que podía ser compartido entre dos o tres personas. Después de las comidas, y por más «llenos» que estuvieran, los clientes siempre cedían a la tentación y terminaban pidiendo un catrosho.

Otro postre que el Chiche había inventado se llamaba «suspiro marplatense» y era, como él decía, un postre minimalista. Consistía en una tira de dulce de leche junto a una de crema *chantilly* en medio de un plato playo. Se comía con cuchara pero estaba prohibido acompañarlo con otra cosa, por ejemplo un flan. El Chiche se sentaba a veces a la mesa de alguna familia de clientes habituales y charlaba con ellos de todo un poco hasta que terminaban de comer. Entonces llamaba a Mario, su mozo de confianza, y le decía:

—Carpí, un suspiro marplatense para la familia.

Los comensales se acomodaban en la silla y sonreían, e incluso había alguno que no podía evitar frotarse las manos. Pero cuando Mario volvía con cuatro o cinco platos playos con las dos tiras en el centro, una blanca y otra marrón, la familia cruzaba una mirada furtiva de desconcierto. Y nadie lo decía, pero era obvio que en lugar del suspiro marplatense esperaban un catrosho o algún otro postre donde la cuchara pudiera hundirse sin tocar el fondo, y no ese puro tintineo del cubierto contra el plato.

La Trattoria Napolitana, también conocida como «la primera sorrentinería del país», abría de martes a domingo, al mediodía y a la noche. El trabajo del Chiche suponía una responsabilidad parecida a la de un capitán de barco: todos los empleados tenían una función y él supervisaba que la cumplieran en el momento justo y de la mejor manera.

A diferencia de lo que sucedía en otros establecimientos gastronómicos, las cocineras y los mozos de la trattoria comían antes de que las puertas se abrieran al público, porque el Chiche sostenía que tener un empleado con hambre en un restaurante era un peligro que debía evitarse.

Por la mañana, no antes de las diez, el Chiche llegaba sonriente a desayunar. Solía estar de buen humor durante las primeras horas del día y, antes de sentarse a tomar el desayuno en la mesa reservada para la familia, bajaba las escaleras estirando los brazos y diciendo: «¡Qué lindo que es pisar!». Adela le preparaba las tostadas y el café en una cafeterita plateada que colocaba directamente sobre el fuego.

A las once de la mañana empezaban a llegar los empleados y los proveedores, y el Chiche supervisaba personalmente cada lote de productos que traían. Nunca parecía del todo conforme con la calidad de la materia prima, y si lo estaba, no lo demostraba. Aunque fueran excelentes y siempre terminara comprándolos, hacía una mueca de disgusto al probar el queso o el pan. El panadero se llamaba Rivetta, y traía el pan francés y las galletas en grandes bolsas de papel madera de color celeste en las que cabía un niño parado, y que al abrirse soltaban el perfume inconfundible de la corteza tostada. El Chiche abría una de las bolsas, probaba un pedacito de pan, fruncía la nariz y decía:

—Rivetta, sos berreta.

Rivetta se reía, porque sabía que al Chiche le gustaba jugar con los nombres. Y, con la seguridad de saber que su pan era el mejor de la ciudad, pasaba a dejar la factura por la caja.

—¿Le estás vendiendo a Montecarlino también? —le preguntaba el Chiche, sabiendo la respuesta.

Montecarlino era un restaurante céntrico que pertenecía a otra familia italiana, pero, según el Chiche, la calidad de su comida era mucho menor que la de la trattoria. Las dos familias tenían una relación distante y, aunque nunca habían llegado a enfrentarse abiertamente, existía una especie de duelo secreto entre la trattoria y Montecarlino. El Chiche lo consideraba un falso restaurante italiano, un lugar que había traicionado por completo sus raíces al ofrecer, además de los platos típicos, un rimbombante «menú de cocina internacional». Era cierto que la trattoria también había tenido que adecuar su oferta al gusto argentino sirviendo comidas que no eran

estrictamente italianas, como milanesas a la napolitana, papas fritas y bifés de chorizo, pero Montecarlíni había ido aún más lejos: su menú incluía platos extravagantes —y para el Chiche, ridículos— como alitas de pollo al estilo texano, ensalada César y hamburguesas con queso. Cada vez que sus sobrinos le decían: «A Montecarlíni le va bien... ¡ya abrió dos sucursales!», el Chiche resoplaba y exclamaba:

—¡Boh!

Cuando los dueños de Montecarlíni salieron en la tapa del diario marplatense por haber ganado el codiciado Tenedor de Bronce de la asociación gastronómica local con su plato «paquetitos María Mabel», los sobrinos del Chiche volvieron a la carga: había que seguir el ejemplo de Montecarlíni, poner otro local, incluso considerar la posibilidad de abrir una sucursal de la Trattoria Napolitana en Buenos Aires. Pero el Chiche odiaba la idea de poner el nombre de la familia en un lugar manejado por un desconocido, no saber quiénes eran sus clientes ni poder conversar con ellos, y dejar en manos extrañas la supervisión diaria de la salsa y la masa de los sorrentinos.

También le disgustaba que sus proveedores les vendieran a otros, aunque compartir a Rivetta, que era insuperable, en el fondo resultaba un beneficio. En las noches de verano, cuando el restaurante rebosaba de gente y se acababa el pan para rellenar las paneras, Susana —la cajera a la que el Chiche llamaba Marta— levantaba el teléfono y discaba desesperada el número de Montecarlíni:

—Te hablo de la trattoria. ¿Tenés pan de Rivetta?

Del otro lado de la línea una mujer que cumplía su misma función en la competencia le respondía secamente:

—Tenemos.

Entonces un cadete de la trattoria salía corriendo hasta el local de la calle Corrientes y volvía, para el alivio general, con una gran bolsa celeste bajo el brazo.

Lo mismo sucedía cuando era Montecarlíni el que se quedaba sin pan. Susana atendía el teléfono y luego de unos segundos calculados, con tono despectivo, decía:

—Tenemos.

A los pocos minutos, un cadete con la casaca verde de Montecarlíni entraba corriendo a la trattoria para llevarse la bolsa de papel celeste.

El pan crujiente y suave de Rivetta era la única vía de comunicación entre los dos territorios enemigos, la única prenda de paz en una guerra jamás declarada.

Electra también vivía en el piso de arriba del negocio, en una habitación contigua a la de su hermano, y su función principal era supervisar a las cocineras y, sobre todo, que no escatimaran ni derrocharan harina, tomates o *mozzarella*. Hacía muchos años Electra se había casado con un hombre bastante mayor que ella que se llamaba Simonelli. Era ferroviario, y como muchos ferroviarios, se había jubilado joven, a los cuarenta, y por ese motivo la familia lo criticaba. Cuando se casó con Electra ya había dejado el ferrocarril y, sin ocupación ni pasatiempos, se dedicaba a señalar los errores y los problemas que veía en la administración del restaurante. Al Chiche lo irritaba profundamente y cuando hablaba de él lo llamaba «verme», que quiere decir gusano.

Después de que Simonelli murió, Electra se fue a vivir con su hermano para ayudarlo en la supervisión de la trattoria. Ella no tenía hijos y, como muchas mujeres sin hijos, se había

convertido en la guardiana de la memoria familiar: sabía las recetas de todos los platos italianos que se servían en el restaurante, como los panzerotti de queso o la torta pastiera, y de muchas otras comidas tradicionales que no estaban incluidas en el menú pero que ella cocinaba para la familia en ocasiones especiales.

En la trattoria había cocineras, como Facha Fariña, que formaban parte del personal desde los comienzos, cuando la sorrentinería no era más que un pequeño emprendimiento que funcionaba dentro del hotel que los padres del Chiche habían puesto apenas llegaron a la Argentina. Con el paso del tiempo, la mujer se había convertido en la cocinera más antigua, y por esa razón ocupaba la mesada central de la cocina y tenía la importantísima tarea de preparar a diario los sorrentinos. El Chiche confiaba en ella por completo, y le gustaba que fuera una mujer eficiente y de pocas palabras, con la que nunca era necesario discutir.

La encargada de la isla de los postres era una santiagueña que vivía en Mar del Plata desde hacía muchos años. Usaba anteojos grandes y una cofia verde y cada vez que preparaba la crema *chantilly* para el postre catrosho cantaba alguna chacarera de los Hermanos Ábalos al ritmo de la batidora eléctrica.

Los mozos usaban una casaca blanca con el nombre *Trattoria Napolitana* bordado en letras verdes y rojas en el bolsillo. Todos, cocineras y camareros, se cambiaban en un entrepiso que había arriba del salón y que funcionaba también como depósito y despensa. Ahí se guardaban vinos, cajas y los comestibles que no necesitaban refrigeración. Poco antes de abrir las puertas al público, cuando los empleados ya habían terminado de comer y se habían vestido con su ropa de trabajo, la trattoria se ponía en marcha. Facha Fariña hacía una rosca de harina sobre la gran mesada de mármol a la vista de todo el mundo y poco a poco la iba deshaciendo con las manos para preparar los sorrentinos del día. Cuando la masa estaba lista y estirada, colocaba sobre ella una larga hilera de montoncitos de relleno, que cubría con más masa y luego cortaba con un vaso de metal, haciendo movimientos rápidos y precisos de la muñeca. Después, los sorrentinos esperaban prolijamente acomodados en grandes fuentes metálicas superpuestas hasta que llegaba el momento de echarlos al agua hirviendo.

Mientras tanto, otra de las cocineras encendía la parrilla y el horno y una tercera se encargaba de la freidora, una enorme olla de hierro llena de aceite que debía ser manipulada con extremo cuidado. La cocina tenía dos grandes máquinas picadoras: una se usaba para la carne y la otra, exclusivamente para triturar los tomates de la salsa que acompañaba a los sorrentinos. Electra siempre estaba cerca cuando se preparaba la salsa. La probaba en cada una de sus etapas de cocción y sabía la cantidad exacta de sal, aceite de oliva, ajo y laurel que había que usar para lograr el equilibrio justo. También supervisaba los cajones de tomates que traían los proveedores para que fueran lo más parecidos posible a los tomates San Marzano, rectangulares y puntiagudos, que se cultivaban cerca de Nápoles. Cuando el Chiche la escuchaba hablar de los tomates San Marzano, decía, para molestarla:

—Boh, los tomates son de América, regalo de los aztecas. —Y luego agregaba—: ¿Te acordás cuando éramos príncipes y princesas y nos reuníamos alrededor del fuego, antes de la llegada de los españoles?

Electra no respondía, solo ponía los ojos en blanco, pero los sobrinos que estaban cerca respondían que sí, que se acordaban.

Mientras no tuvieran mesas que atender, los mozos eran los encargados de rallar el queso,

rellenar las paneras con pan de Rivetta, fajinar las copas y disponer la vajilla sobre las mesas.

A cargo de la caja no solo estaba Susana («Marta») sino también algún sobrino o sobrina de turno que tomaba las comandas de los mozos cuando empezaban a llegar los clientes y atendía el teléfono diciendo: «Trattoriííí». Muchos clientes solían hacer pedidos telefónicos y se aparecían un rato después con su propia fuente enlozada bajo el brazo.

El Chiche los recibía a todos —jóvenes y viejos, conocidos y extraños, famosos o anónimos— con gran cordialidad. Recordaba el nombre o alguna característica de cada persona que hubiera pasado alguna vez por el local. Le gustaba sentarse a la mesa de la gente y charlar un rato, y los clientes se sorprendían de lo variada que era su conversación y de lo mucho que sabía de una gran cantidad de temas. Sus temas de conversación favoritos eran Italia, el cine italiano y el de Hollywood, la historia de la antigua Roma —sobre todo los reyes etruscos—, la mitología griega, la historia judía y el psicoanálisis de Freud, pero podían variar de acuerdo con los libros que estuviera leyendo en ese momento y llegaban a incluir: los grupos étnicos minoritarios en el mundo, la guerra ruso-japonesa, el espiritismo, el rey Enrique VIII de Inglaterra y la creación de la iglesia anglicana, los viajes de Darwin o la decadencia del Imperio Inca.

A veces llegaba a comer un matrimonio solo y el Chiche, que se sabía los nombres de toda la familia, preguntaba por cada uno de los ausentes: «¿Y Martín? ¿Y Claudia? ¿Y Federico? ¿Y tus padres? ¿Y el doctor Magnoli?». Lo hacía para lucirse, porque no bien le respondían, preguntaba en seguida por algún otro. Cuando la misma gente volvía, tiempo después, el Chiche metía en la conversación como al pasar, también para lucirse, lo que habían contado la última vez.

El turno del mediodía terminaba a alrededor de las tres de la tarde. Entonces el Chiche se retiraba a su habitación en el piso de arriba a dormir la siesta acompañado de Adela y los empleados se iban unas horas a descansar. Algunos, como Facha Fariña, que vivían lejos de La Perla y les resultaba imposible ir y volver a sus casas en esas horas libres, subían al entrepiso donde estaban los vestidores y las cajas de vino y se armaban unas camas improvisadas con bolsas de lavandería en las que se echaban a dormir hasta que el sol empezaba a bajar.

A eso de las seis de la tarde todo volvía a empezar. El turno de la noche podía terminar a la una o a las cuatro de la mañana, dependiendo del momento del año, y entonces había que lavar la vajilla, limpiar la cocina, subir las sillas a las mesas, barrer los pisos, meter manteles y servilletas sucios en bolsas de tela y dejar enfriando el aceite de la freidora para poder descartarlo por la mañana. Cuando se retiraba el último de los comensales, una de las cocineras agarraba la enorme olla de aceite hirviendo con dos repasadores y cruzaba la cocina como un rey que va a la guerra al grito de «¡Voy quemando!». Todos daban un paso atrás y le hacían espacio hasta que la mujer desaparecía por la puerta del patio.

También había que hacer el conteo de caja, limpiar los baños, apagar los artefactos eléctricos y dejar el lugar en condiciones para que todo se repitiera de la misma manera en el despacho del día siguiente.

Después de despedir a todos y echarle una última mirada al salón desierto, el Chiche cerraba con llave la trattoria desde adentro y subía la angosta escalera verde hacia su habitación recitando: «*Casa mia, casa mia, per piccina che tu sia, tu mi sembri una badia*», que en italiano quería decir que, por más pequeña que fuera su casa, a él le parecía grande como una abadía.

Los padres del Chiche, dos italianos de Sorrento, venían de una familia que se había enriquecido poniendo hoteles en la costa amalfitana en la época en que los viajeros ingleses hacían su *grand tour* por el Mediterráneo. Los ingleses llegaban, pálidos y cargados de valijas con sus damas de compañía, y se instalaban durante meses en habitaciones frente al mar, embelesados con el azul del cielo. Con el correr de los días empezaban a tomar color y perdían el tono grisáceo y gelatinoso que traían de su isla. Se sentían originales y aventureros, como muchos otros ingleses antes que ellos; Italia los hacía revivir.

En uno de esos contingentes había llegado una vez una inglesa que se fascinó con los acantilados y los jardines de limoneros. De tanto bajar a la cocina del hotel para probar los dulces y los pastelitos *babá*, terminó enamorándose del cocinero, un joven enérgico que cantaba canciones en napolitano y que a las pocas semanas le pidió casamiento. Juntos compraron una gran casa amarilla frente al mar y la convirtieron en hospedaje. Esos eran los abuelos del Chiche.

Los padres del Chiche habían heredado ese hotel y lo administraban durante los meses de verano. En invierno viajaban por el mundo. En uno de esos viajes llegaron a Mar del Plata, que les gustó de inmediato porque parecía una ciudad aristocrática y se le adivinaba un buen futuro hotelero. Compraron un hotel, un restaurante y una casa en el barrio de La Perla para instalarse durante los meses del invierno europeo. Cuando el negocio empezó a funcionar, también compraron terrenos en la localidad vecina de Balcarce y plantaron papas, con las que en poco tiempo hicieron una pequeña fortuna.

Tuvieron cinco hijos: Umberto, Electra, Totó, Carmela y Argentino, el Chiche, todos nacidos en Mar del Plata. La familia, sin embargo, siguió manteniendo por un tiempo la casa amarilla en Italia, en la que pasaban las largas temporadas de primavera y verano. Entre ellos hablaban en lengua napolitana.

También adoptaron al hijo de una hermana de la madre del Chiche, que había muerto durante el parto. El sobrino se llamaba Ernesto y era un nene asmático y alérgico que estaba siempre resfriado. En una de las estadias de la familia en la casa de Sorrento, un huésped del hotel familiar, un ruso, se encariñó con el nene enfermizo, que tenía que quedarse adentro mientras sus primos jugaban en el jardín, y por eso se pasaba las tardes deambulando por los pasillos vacíos, con los mocos pegados sobre la boca. El ruso le daba charla y en una ocasión le regaló un muñequito de madera que había traído de su país. El juguete se abría en dos partes justo por la mitad, y tenía adentro otro muñeco igual pero más chiquito que también se abría en dos y así, hasta que aparecía el último, el más pequeño de todos. Cada vez que aparecía uno nuevo adentro de

otro, el ruso le preguntaba a Ernesto, en su italiano torpe: «Y este ¿cómo se llama?» y Ernesto les daba un nombre: «Michele», «Peppino», «Alberto», «Rolando». Cuando apareció el más chiquito, que tenía el tamaño y la forma de un dedo meñique, Ernesto empezó a reírse a carcajadas y el ruso, conmovido por la sorpresa, también. El ruso era escritor y se llamaba Alekséi, pero firmaba sus libros como Máximo Gorki.

La madre del Chiche, que cuidaba de Ernesto como si fuera un hijo más, apreciaba al ruso y lo consideraba un hombre decente porque estaba al tanto de que había escrito una novela llamada *La madre*, en la que la protagonista era, como ella, una madre. No había leído esa novela ni tenía intención de leerla, pero lo poco que sabía sobre el argumento le parecía suficiente para confiar en él. Cuando hablaba de los rusos en general lo hacía pensando en Alekséi, que era el único ruso que conocía, y decía: «Los rusos respetan a sus madres y escriben sobre ellas». Y cuando uno de sus hijos la mortificaba con alguna travesura, ella se quejaba y exclamaba: «¡Ah, si fuéramos más como los rusos y respetáramos a las madres!».

Alekséi vivía en una villa en la parte alta del pueblo junto con varios otros exiliados rusos, entre los cuales había dos mujeres, y nadie en Sorrento sabía cuál de las dos era su mujer, porque a veces se lo veía en actitud cariñosa con una y otras veces con la otra, y no parecía haber entre ellas ningún conflicto al respecto. La madre del Chiche sospechaba que Alekséi andaba en algo raro y que la policía vigilaba sus actividades, porque a veces pasaban autos manejando muy despacio frente al portón de la casa, sin detenerse, y en la puerta había apostado un guardia napolitano que, si alguien se acercaba a la reja, cruzaba los brazos y decía:

—*O russo nun vo' vede' a nisciuno* —que en napolitano quiere decir «el ruso no quiere ver a nadie».

En ocasiones, Alekséi abandonaba la casa y se instalaba durante algunos días a escribir en lo de los Vespolini, y entonces la madre del Chiche les contaba a sus amigas que hospedaba en su hotel a un gran escritor. Las hermanas del Chiche, que recordaban aquella historia, contaban que un día, poco antes de anunciar que se volvía a Rusia, Alekséi se presentó ante la señora y le dijo que quería adoptar a Ernesto, el primo enfermizo con el que se había encariñado, y llevárselo con él a Moscú. La señora se desplomó sobre la silla y se empezó a ventilar con las manos. De ningún modo iba a dejar que su sobrino se fuera a vivir a Rusia, a pasar frío y a comer sopa de repollo. Alekséi no discutió, asintió decepcionado. Al poco tiempo volvió a su país, él y su grupo de amigos rusos, y nunca más volvieron a verlo.

Ernesto creció junto con sus primos en Sorrento y en Mar del Plata. Dejó de estar siempre enfermo porque un médico italiano logró curarle el asma de una manera muy insólita: le dijo a la madre del Chiche que lo que el chico necesitaba era caminar por la hierba descalzo, antes de que se evaporara el rocío de la mañana. La mujer se escandalizó:

—¡No lo mandé a Rusia y la pulmonía se la va a pescar en Italia!

Pero el médico insistió tanto que durante el verano la señora accedió a hacer la prueba. Todos los días antes de que saliera el sol, una criada llevaba a Ernesto de la mano bordeando el acantilado hasta el sitio que llamaban «los baños de la reina Giovanna», donde él se sacaba los zapatos y corría descalzo por el pasto. Misteriosamente, la cura funcionó. Ernesto pudo salir a jugar con sus primos y meterse en el mar. Ya de grande, en Mar del Plata, era uno de los que solían comer en la trattoria del Chiche. Tocaba el bandoneón y tenía gran fama de tacaño.

Cuando se vendió la casa de Sorrento y la herencia se repartió entre los hermanos y el primo,

un error administrativo hizo que Ernesto recibiera el doble de dinero que los demás. Para el momento en que los abogados advirtieron la confusión, Ernesto ya había depositado la suma en su cuenta de banco y nunca se ofreció a devolverla. Ninguno de sus primos se lo pidió abiertamente porque nadie quería parecer demasiado interesado en el dinero, pero a causa de eso lo despreciaban en secreto. Unos años después, una prima italiana llegó a Mar del Plata de visita con la intención de conocer la trattoria, al Chiche y a sus hermanos, y con instrucciones claras por parte de su madre de no saludar al primo Ernesto, que se había quedado con setecientas mil liras que no le correspondían.

El episodio con el ruso había ocurrido antes del nacimiento del Chiche. Cuando este nació, se convirtió en el rival natural de Ernesto.

—Yo podría haber sido un bolchevique —solía decir Ernesto sentado a la mesa familiar de la trattoria, porque le gustaba darse aires con la historia del escritor famoso que lo había querido adoptar, y remojaba el pan en la salsa de los sorrentinos.

—¡Boh! —exclamaba el Chiche con una mueca de rechazo—. El realismo socialista... ¡qué literatura para *chinasos*!

Con el correr de las décadas, Mar del Plata, que en la época de los padres del Chiche era una ciudad aristocrática, se había ido llenando cada vez más de chinasos. Habían demolido las mansiones de la avenida Colón para hacer edificios baratos y de mala calidad para que las familias de chinasos pudieran vacacionar. Todos querían conocer «La Perla del Atlántico» y al Chiche eso le molestaba. La consideraba la ciudad más hermosa del mundo y quería que todos la amaran, pero al mismo tiempo era celoso de ella y no le gustaban demasiado los turistas, aunque veía, con las grandes oleadas de turismo chinaso, cómo el restaurante se llenaba noche tras noche y los sorrentinos salían en tandas ininterrumpidas de las grandes ollas humeantes.

Cosas que para el Chiche no había que hacer porque eran de chinaso: bañarse en la playa pública, sacarse fotos con las estatuas de los lobos marinos, pronunciar mal las palabras en lenguas extranjeras, comer cornalitos en el puerto, tomar helado de palito, ir a Montecarlino y usar zapatos sin medias.

También era de chinaso viajar a Europa en alpargatas, como había hecho en varias ocasiones el primo Ernesto, que se vanagloriaba cada vez que podía de haber recorrido Londres, París y Madrid con el mismo par.

El momento que la familia amaba más que ningún otro era el de sentarse a la mesa, justo antes de que se sirviera la comida. Disfrutaban de la comida en sí, pero les gustaba sobre todo la anticipación, y por eso en general no eran muy dados a las sorpresas. Preferían saber de antemano lo que les iban a servir, imaginarse el sabor y la abundancia de los alimentos, cultivar en su interior el espacio para disfrutar de la comida que estaba por llegar. Consideraban las sorpresas algo burdo, un mero golpe de efecto. Era mucho mejor saber, frotarse las manos y esperar.

Durante las comidas en la trattoria, mientras los parientes se servían sorrentinos de las fuentes plateadas y hablaban animadamente, el Chiche siempre le preguntaba al sobrino que tuviera más cerca:

—¿Te acordás de cuando éramos pobres?

Cuando el sobrino respondía que sí, él agregaba:

—¡No como ahora!

Más que el sufrimiento, o el dolor, el gran enemigo de la familia era la *mishadura*. Le temían casi tanto como a la muerte. Siempre que los parientes de Buenos Aires llamaban por teléfono para saludar en las fiestas, el Chiche les preguntaba: «¿Qué están comiendo? ¿Hay mishadura?», y la persona del otro lado de la línea tenía que describirle con gran detalle todas las cosas que estaban servidas en la mesa. Cuando el Chiche mismo organizaba una fiesta, por el aniversario del restaurante o por su cumpleaños, que coincidía con el festejo de Año Nuevo, recorría la larga mesa de familiares preguntando: «¿Hay mishadura?, ¿hay mishadura?». Y todos respondían a coro:

—¡No, tío!

Y si estaba a dieta o ya había comido y le pedía a alguno de los mozos: «traeme un pedacito de queso» o «traeme un poquito de helado, pero muy poco», al ver el plato con el pedacito de queso o la copa con el poquito de helado que le traían, el Chiche decía: «¡Te dije *un poco*, no mishadura!».

Mishadura no era una medida exacta sino una percepción de la abundancia y de la buena voluntad con la que se sirviera la comida. Una cena en la que no llegaran constantemente a la mesa platos nuevos y variados era mishadura. Cuando había comida abundante pero de una sola clase, y no dos platos o alguna entrada: mishadura. Una persona mishadura era la que recibía gente en su casa sin haber dispuesto nada para ir comiendo antes del plato principal, o aquellos que no se preocupaban de que hubiera cantidad de comida suficiente para poder repetir. Los restaurantes en los que no había panera eran mishadura, lo mismo que las casas en las que no se hacía sobremesa con café y se levantaban los platos no bien se terminaba de comer.

Pero la mishadura no tenía nada que ver con la pobreza o la riqueza. Había gente de plata que servía comida mishadura, en especial los franceses y los italianos del norte, en cuyas mesas se veía más el plato que la comida. Y también existía gente pobre que se esmeraba en la preparación de los alimentos porque sabía que la abundancia en la mesa era signo y presagio de cualquier otra fortuna.

El momento más triste era cuando terminaban de comer, y por eso las sobremesas en la trattoria se alargaban, a veces por horas, como si cada comida fuera una vida y nadie quisiera despedirse de ella. En el restaurante no se servía café para los clientes, porque la gente que toma café tarda mucho más tiempo en dejar la mesa. Pero a la familia sí le estaba permitido tomar café. Era común que, al enterarse de que no servían café, un cliente señalara la larga mesa frente a la cocina en la que varias personas daban sorbitos a sus tacitas blancas y, molesto, le dijera al mozo:

—En esa mesa están tomando.

Y el mozo respondía:

—Ah, pero esa es la mesa de la familia.

En la época en que la familia empezó a cocinar los primeros sorrentinos todavía no existían el edificio del Casino ni el Hotel Provincial, que más tarde se convirtió en la postal más famosa de la ciudad. Cuando los Vespolini llegaron a Mar del Plata, la rambla era de madera, y por eso la frase que el Chiche había elegido para promocionar la trattoria en las publicidades de la radio decía: «Cuando la rambla era de madera, la Trattoria Napolitana ya cocinaba los famosos sorrentinos Vespolini».

El origen del sorrentino era un momento mítico en la familia, y un gran tema de discusión en la mesa del restaurante. Algunos parientes dados a las reflexiones sostenían que su creación guardaba estrecha relación con el miedo a la mishadura.

Se decía que los había inventado Umberto, el hermano mayor del Chiche, que había muerto joven y bautizado la receta original con su nombre: Sorrentinos Don Umberto[®]. Umberto tenía muchos amigos y siempre invitaba gente a comer. Usaba bigote anchoíta y tenía un éxito fenomenal con las mujeres, que lo perseguían y le mandaban cartas de amor perfumadas. Era todo lo contrario de un catrosho: le gustaba el fútbol y sentarse en un café del *boulevard* a ver pasar los autos último modelo.

Cuando Umberto quería saber si una mujer le convenía, la invitaba al restaurante y le preparaba un festín con antipasto, primer plato, plato principal y postre. Si ella cruzaba las manos sobre el pecho y hacía gesto de «estoy llena» antes de llegar al final u olía los alimentos antes de llevárselos a la boca, quería decir que no tenía espíritu para formar parte de la familia. Varias de sus novias se habían encariñado con los hermanos de Umberto y con el personal, e incluso después de separarse se aparecían cada tanto a comer en la trattoria y eran recibidas calurosamente en la mesa familiar.

La mujer ideal de Umberto era Sophia Loren. La adoraba sobre todo en una película en la que ella es una campesina napolitana de carácter fuerte que se enamora de un príncipe español, que es Ornar Sharif. Ella va siempre con unos vestidos bien apretados, de escotes profundísimos, tiene el pelo suelto y unos gestos muy altaneros a pesar de ser pobre, como si su orgullo fuera muy antiguo. Al principio, los dos se detestan, aunque la tensión entre ellos es evidente. Pero después

se enamoran gracias a la ayuda de una bruja y de un monje que puede volar. Para casarse con él, ella tiene que competir contra varias princesas en un concurso de lavar los platos. Esa escena, en la que ella lava enérgicamente la vajilla del banquete, era la favorita de Umberto. «Si pudiera ver las tetas de Sophia Loren —decía—, aunque sea atrás de un vidrio, sería el hombre más feliz del mundo».

Muchas veces Umberto cocinaba para cincuenta personas, él solo, con un delantal y un cigarrillo colgando de la boca. Como temía que alguien se quedara con hambre y dijera que en casa de los Vespolini había mishadura, cocinaba siempre de más. Las planchas de masa especial de los sorrentinos eran ideales para esas reuniones: se rellenaban con jamón, queso y perejil, un relleno que no había que cocinar previamente, se cubrían con otra masa, fina y extensa como una sábana. El agua de la cocción tenía que ser de Mar del Plata. Todas las veces que Umberto cocinó los sorrentinos en Buenos Aires o en alguna otra ciudad, la opinión fue unánime: el resultado era de menor calidad. Había algo en el agua de Mar del Plata que les daba a los sorrentinos su sabor inconfundible.

Además de cocinar, Umberto disfrutaba de dar largos paseos por la costa, y muchas veces se llevaba con él a sus sobrinos, los nietos de Carmela. Antes de salir a pasear, les preguntaba:

—¿Qué quieren comprar en el kiosco?

Ellos, entusiasmados, gritaban:

—¡Alfajor! ¡Helado! ¡Manzanita con caramelo!

Él asentía y emprendían la marcha charlando de todo un poco mientras los chicos discutían en voz alta qué clase de helado o de alfajor elegirían. Pero cuando llegaban a destino, que generalmente era Punta Mogotes, porque los chicos se cansaban de caminar, Umberto se paraba frente al kiosco y le decía al kiosquero:

—Marmelita con Cindor para todos.

Y todos terminaban tomando Cindor y comiendo Marmelita, que era un alfajor marplatense cubierto de chocolate, relleno de un dulce blanco y espumoso.

Cuando Umberto se casó, todos se sorprendieron. Primero, porque parecía el eterno picaflor que nunca iba a dejarse atrapar, y segundo, porque la chica no se parecía en nada a Sophia Loren y tenía aspecto de no poder terminarse un plato de fideos sin ayuda. Era muy joven. Se llamaba Luisina pero le decían Mari. Umberto se iba a trabajar al restaurante y Mari se quedaba en la casa jugando al solitario y escuchando radionovelas. «Me aburro», le decía cuando volvían a verse a la noche, y él le ofrecía enseñarle las recetas familiares para que pudiera trabajar supervisando el restaurante, pero ella no quería. Comía poquito y no encontraba placer en ningún plato, ni dulce ni salado. Pero Umberto se había enamorado de ella como de ninguna otra y la llevaba orgulloso a las reuniones familiares y a las cenas con amigos. Sus hermanas, Carmela y Electra, cuando hablaban de Mari, que era tan flaca, decían: «Tiene la anemia europea».

Un día, al volver del trabajo, Umberto encontró que Mari se había ido. Sus cosas no estaban y faltaba una valija. Él la buscó desesperado en casa de sus padres y por toda la ciudad, pero ella no estaba, lo había dejado. Decían que después de eso él nunca había vuelto a ser el mismo. Perdió el interés en cocinar y en hacer reuniones, y fue dejando de a poco el control del restaurante en manos del Chiche, su hermano menor, que hasta ese momento había vivido con su madre y solo trabajaba algunas horas por semana dando clases de italiano e inglés a conocidos. Los sorrentinos conservaron su nombre en el menú, pero con el tiempo se fueron independizando

de él hasta que llegó un momento en que solo la familia sabía quién había sido el inventor de la famosa pasta circular.

Unos años después Mari se le apareció un día a Umberto en la puerta de la casa. Estaba más madura y ya no tenía aspecto de sufrir de anemia. Le contó que se había juntado con otro hombre y que había tenido un hijo. Lo había llevado con ella, para que Umberto lo conociera, un nene regordete de pelo enrulado. Umberto los hizo pasar y preparó rápido un antipasto con quesos, salames, aceitunas y un matambre frío que tenía en la heladera. Abrió una botella de vino y le hizo a Mari muchas preguntas: cómo estaba, dónde vivía, si el nene era sano y si era de Boca, porque no se podía ser de otro cuadro que no fuera de Boca. Los tres se rieron y Umberto le sirvió al nene un poco de vino.

—¡Para que se acostumbre! —dijo, y chocó su copa con la del nene, y el nene también se rio y tomó solo un sorbo porque el vino le pareció desagradable.

Cuando estaban por irse, Umberto les dio un gran abrazo a los dos. Le agradeció a Mari por la visita y por haberlo dejado conocer a su hijo. Le pidió que volvieran otro día a verlo y le sugirió que podrían llevar al nene a pasear por la rambla y comer Marmelita con Cindor.

Esa noche, después de llamar por teléfono a sus hermanas para contarles lo que había pasado, Umberto murió en su casa de un ataque al corazón.

A su funeral, unos días después, asistieron todas sus exnovias y enamoradas y más de una vez se escuchó a alguna exclamar, entre sollozos: «¿Por qué no me casé con él, me querés decir?».

La trattoria estuvo cerrada por luto durante una semana y una foto de Umberto pasó a formar parte de la decoración del local, en un lugar de privilegio entre la mesa principal y la caja.

El día que el local volvió a abrir sus puertas al público, el Chiche estaba parado detrás de la caja, saludando a los clientes y ocupándose de todo.

El Chiche se consideraba catrosho y tenía montones de amigos que también lo eran, entre ellos un bioquímico célebre, un arquitecto que iba los viernes a comer escalopes a la marsala y Adelfi, un cura fanático de la música clásica que protestaba cuando venían reblandecidas las galletitas Ópera que acompañaban su helado.

El bioquímico célebre era el mejor amigo del Chiche y se llamaba Pepé. Se dedicaba a investigar vacunas y remedios para enfermedades extrañas. Se habían conocido varios años atrás, cuando el Chiche daba clases particulares de idiomas. Pepé había empezado a tomar clases de inglés porque estaba a punto de viajar a un congreso de bioquímica en Estados Unidos y un amigo en común le había recomendado al Chiche, que tenía un gran talento para las lenguas y dominaba el inglés, el italiano y el francés. Juntos leían clásicos de la literatura y analizaban las letras de las canciones de Nat King Colé. Al Chiche le gustaba «L-O-V-E», en especial los primeros versos que decían:

L, is for the way you look at me
O, is for the only one I see
V, is very, very extraordinary
E, is even more than anyone that you adore.

Pepé era un hombre de una inteligencia prodigiosa y le habían dado becas en varias universidades europeas a las que él iba a trabajar unos meses, pero después volvía, porque extrañaba Mar del Plata y su departamentito de la calle 20 de Septiembre. Llegaba a la trattoria temprano, cuando el personal almorzaba y las puertas todavía estaban cerradas, y comía en la mesa de la familia. Aunque la sobremesa se pusiera interesante o acalorada, a las doce y media, sin excepción, Pepé se levantaba y se despedía porque a la una de la tarde tenía que estar en su casa viendo *Rosa de lejos*. Amaba esa novela y en la trattoria comentaba con lujo de detalles lo que había pasado en el capítulo del día anterior. «¡Rosa está embarazada!», decía, o «¡Rosa está estudiando para ser modista internacional!» La protagonista del programa era Rosa María Ramos, una joven de Santiago del Estero que llegaba a Buenos Aires a trabajar de empleada doméstica para alimentar a sus ocho hermanitos y era víctima de la maldad y la falsedad de la capital, aunque en el camino también encontraba gente buena que la ayudaba a salir adelante. «¡Qué cutis que tiene Rosa!», comentaba Pepé, «¡Qué sufrida es Rosa!», y se preocupaba por su suerte como por la de una persona cercana.

Pepé era muy querido por todos en la familia, salvo por Manuel, un sobrino del Chiche, hijo de Carmela, que lo despreciaba por ser catrosho y porque se sabía que tenía problemas con el alcohol. Se burlaba de Pepé cuando no estaba presente y, si compartían la mesa y les tocaba sentarse cerca, a Manuel se lo notaba incómodo, con las rodillas giradas para el lado contrario. Claro que nunca expresaba su rechazo cerca del Chiche.

Umberto no había sido un buen administrador del restaurante; gastaba fortunas invitando a comer a sus amigos y le prestaba dinero a gente que nunca se lo devolvía. Además, tenía un carisma muy especial y sus hermanos quedaban opacados por su personalidad. Después de su muerte, el Chiche empezó a imponer sus propias recetas y la trattoria se convirtió en un lugar cada vez más frecuentado por sus amigos catroshos, que comían con la familia en la mesa frente a la cocina y participaban de largas sobremesas de fluida conversación.

Con los años, los sorrentinos se empezaron a popularizar, primero en Mar del Plata y después en el resto del país, y llegó un momento en que varios restaurantes los ofrecían en el menú. Un día el Chiche escuchó el rumor de que en Montecarlini estaban sirviendo sorrentinos de ricota y nueces, lo cual era algo verdaderamente absurdo, porque ese era el relleno de los pansotti.

La relación entre los dos restaurantes siempre había sido tensa pero había ciertos límites que ninguna de las dos familias hasta entonces había traspasado; que ahora sirvieran sorrentinos era algo de muy mal gusto, que rozaba lo intolerable. Así que el Chiche tuvo la idea de mandar espías a Montecarlini.

La misión recayó en Mario, el mozo de confianza. Un mediodía Mario se sacó la casaca de la trattoria y la colgó con cuidado de una percha, como un soldado. Se puso la campera y con una fuente plateada bajo el brazo se fue caminando hasta el local más cercano de Montecarlini, que estaba a dos cuadras, sobre la calle Corrientes.

El clima en la trattoria era tenso. Los que se habían quedado esperando golpeteaban la mesa con los dedos e intentaban distraerse hablando de los temas de siempre pero se notaba que estaban nerviosos.

—¿Y si lo reconocen? —dijo Carmela, que se frotaba las manos con alcohol.

—¿Va a ir preso? —preguntó una de las sobrinas nietas.

El Chiche la mandó callar. Esa sobrina lo irritaba especialmente. Hacía la tarea de la escuela en una de las mesas de la trattoria, comiendo longaniza y los pedacitos de queso parmesano que la máquina no llegaba a triturar, y cada vez que el Chiche pasaba cerca de ella le decía:

—Te vas a poner gorda como la abuela si seguís morfando así.

Esa misma sobrina había festejado su último cumpleaños en el restaurante y había causado revuelo entre sus amigas porque en lugar de una torta había pedido que le hicieran una *pizza* con una velita en el medio.

—No va a ir *prezo* —dijo la prima Dorita, que hablaba con la zeta—. A lo *zumo* pagará una multa.

—¡Boh! —dijo el Chiche.

Casi todas las intervenciones de la prima Dorita recibían un «boh» por respuesta, el sonido que hacía cuando algo le parecía tan estúpido que no valía la pena responder. Ella no se ofendía nunca, ni siquiera la vez que, mientras contaba la operación de varices que se tenía que hacer, el

Chiche la había interrumpido delante de toda la mesa:

—¿Y para qué te vas a operar, si vos ya no te acostás con nadie?

A la media hora, Mario reapareció en la entrada, caminando despacio con la fuente envuelta en papel blanco apoyada en las manos. Lo recibieron como a un héroe. Le palmearon la espalda mientras volvía a ponerse su casaca de mozo. Despejaron un sector de la mesa y desenvolvieron el papel de la fuente. Carmela juntó las manos, como rezando.

Los sorrentinos de Montecarlino tenían un borde de masa irregular que les daba la apariencia de pequeños sombreros o platillos voladores. Al verlos, el Chiche hizo su típica mueca de disgusto. Se repartieron cubiertos y todos empezaron a cortar pedacitos y a llevárselos a la boca, estirando el cuello y arrugando la nariz.

—¡Un asco! —dijo Carmela enseguida.

—¡Blando, pasado! —dijo Virginia, la hija de Carmela.

—¡Qué *grueza* que es la *maza*! —dijo la prima Dorita.

La sobrina nieta cortó un pedazo grande, lo paseó por la salsa y se lo metió en la boca. Después de un rato dijo, tímidamente:

—A mí me gusta.

—¡Vos porque sos una pelotuda! —le dijo el Chiche—. Si es una papocchia asquerosa. ¡Boh!

Papocchia era un invento de él y tenía su origen en Mario Papocchia, un amigo italiano de sus padres que iba a visitarlos cuando él era chico y que le llevaba de regalo caramelos muy duros o dulces de regaliz u otras cosas raras, nunca un chocolate. *Papocchia* se convirtió en sinónimo de algo feo, de mal gusto, algo a lo que el Chiche no le encontraba explicación. Por lo general las papocchias tenían que ver con la cultura norteamericana. Cuando sus sobrinos se fascinaban con el cine de Hollywood y hablaban de una película que habían visto, el Chiche, que amaba conversar sobre cine, decía con gesto de repugnancia: «Papocchia americana» También eran papocchia las películas sobre la Segunda Guerra que no fueran italianas, masticar chicle, todo lo relacionado con la NASA y los astronautas y las hamburguesas y más tarde, cuando se volvió popular, también el *sushi*.

—Los sorrentinos de Montecarlino son papocchia y la salsa es una porquería.

Ese fue el dictamen del Chiche, y sus sobrinos, que iban a comer gratis día y noche al restaurante, estuvieron unánimemente de acuerdo.

El menú de la trattoria tenía aspecto de libro tapizado en cuero y era todo un misterio para la familia: el Chiche no dejaba que nadie lo mirara para pedir. Hacerlo habría sido considerado una ofensa, una actitud de forastero, de profano. Se pedían solo los platos conocidos y se suponía que la familia conocía todos los platos que se servían en el local. Si surgía una duda sobre los ingredientes de una salsa o una preparación, había que preguntarle a los mozos o al Chiche mismo, que aprovechaba la oportunidad para hacer comentarios sobre la historia de las recetas.

Contaba, por ejemplo, que sus abuelos de Sorrento, cuando eran jóvenes y todavía no se habían convertido en hoteleros, habían sido cocineros del último rey de Nápoles, antes de que Garibaldi lo derrocaria en las batallas por la unificación de Italia. Ese rey era amable y de carácter suave, y le encantaba la comida. Su nombre era Francesco II, pero lo llamaban «El rey Lasagna». En realidad, quien lo llamaba así era su padre, un hombre prepotente y severo que con ese trato humillante lo había hundido políticamente, porque al rey «Lasa», con ese apodo, nadie lo respetaba. Al Chiche le gustaba contar que Francesco adoraba tanto las pastas que cuando terminaba de comer pasaba el pan por el plato para no perderse ni una gota de salsa, y se relamía los dedos, incluso frente a los invitados oficiales de la corte.

Cuando había algún banquete, los abuelos del Chiche viajaban de Sorrento a Nápoles y participaban de la preparación de los dulces y los postres en la cocina del rey Lasa. El Chiche afirmaba que sus abuelos seguían recetas aprendidas en un libro del mil setecientos, escrito por un monje benedictino que había recorrido Italia probando platos y anotando ingredientes. «La cocina del sur de Italia es la unión perfecta entre lo alto y lo popular», repetía una y otra vez.

Los dulces tradicionales napolitanos que se comían en la familia no estaban incluidos en el menú de la trattoria sino que se reservaban para ocasiones especiales, como las fiestas o los cumpleaños. En esas fechas Electra pedía que se le despejara la cocina y por la tarde, cuando no había personal trabajando, se dedicaba a la confección de *struffoli*, *baba*, *zeppole* o *pastiera*.

A veces, cuando a algún amigo o conocido de los Vespolini le tocaba ser invitado a un festejo familiar en el que se sirvieran estos dulces inusuales, invariablemente se aparecía unos días más tarde en la trattoria y, después de comer, preguntaba como al pasar:

—Don Chiche, ¿cómo se llaman esas bolitas con miel que tan bien le salen a su hermana?

—Ah, *struffoli* —respondía contento el Chiche. Y al ver que el otro se entusiasmaba pensando que podría volver a probarlos, agregaba con un dejo de maldad—: Se comen solo en Navidad.

En la trattoria tampoco se servía *pizza*. La *pizza* era una institución en sí misma y ningún napolitano que no fuera maestro pizzaiolo podía tener el descaro de servirla como un plato más,

como parte de un menú amplio. Había reglas estrictas que seguir en la preparación de la *pizza*, y la familia respetaba esas reglas del mismo modo en que exigía que se respetaran las reglas de la preparación de los sorrentinos, a pesar de que la idea de divulgar la receta de la masa los incomodaba profundamente. En Nápoles, ciertas *pizzas* solo se preparaban con tomates cultivados en la ladera del Vesubio y se condimentaban con aceite de oliva extra virgen vertido en el sentido de las agujas del reloj. De la misma manera, los sorrentinos solo debían hacerse con la masa secreta de Umberto y cocinarse en agua de Mar del Plata.

Aunque no lo dijeran abiertamente, la familia tenía una relación ambigua con la *pizza*, que era un plato típico de su región, pero que la diáspora napolitana había convertido en la comida más internacional de todas. En el fondo anhelaban que su invención familiar corriera la misma suerte, pero temían que algún día los sorrentinos se sirvieran en todos lados, cocinados de cualquier manera, cortados impunemente con cuchillo en cantinas perdidas del mundo.

Si bien el Chiche y sus hermanos amaban la ciudad de Nápoles, y su lengua y su cultura eran prácticamente napolitanas, al mismo tiempo existía una ligera sensación de superioridad en los habitantes de Sorrento, que se consideraban más finos y más septentrionales que los napolitanos, a pesar de estar un poco más al sur. La familia del Chiche, por ejemplo, sentía que Nápoles era demasiado intensa y solo la visitaban cuando tenían que hacer trámites y compras que no podían hacer en su ciudad.

Durante el verano, los clientes de la trattoria tenían que esperar horas por una mesa y muchas veces el turno de la noche cerraba bien entrada la madrugada. En esos meses, el Chiche contrataba a varios empleados del interior que llegaban a Mar del Plata para trabajar durante la temporada alta. Venían de Santiago del Estero y se quedaban hasta marzo, cuando el turismo se aplacaba y el restaurante volvía a cerrar en horarios normales. La encargada santiagueña de la isla de los postres y los antipastos se llamaba Rosa Sosa. Una vez, charlando con otras cocineras sobre sus lugares de origen, Rosa Sosa sugirió que Mar del Plata, con su casino internacional y su rambla, no le parecía nada del otro mundo.

—Casas más, casas menos, igualito a mi Santiago —dijo.

En realidad la frase era el estribillo de una canción de los Hermanos Ábalos que ella solía cantar y que decía:

*Buenos Aires, tierra hermosa
Nueva York, grandioso pago,
¡Casas más, casas menos...
igualito a mi Santiago!*

Al Chiche le fascinó esa frase y empezó a usarla cada vez que volvía de un viaje. Al año siguiente, cuando conoció París y los sobrinos le preguntaron qué le había parecido, él respondió:

—¡Casas más, casas menos, igualito a mi Santiago!

Además de Rosa Sosa, había otros tres empleados santiagueños que durante el verano trabajaban como mozo, lavacopas y cadete de cocina. Después del turno de la noche, se duchaban y se iban a casa prolijos, con el pelo peinado al agua. Por alguna razón nunca caminaban juntos sino en fila, uno detrás del otro.

—Van siguiendo la huella —le explicaba Electra a la familia—, como en Santiago.

Los tres eran altos y cordiales, e incluso muchos años después de que hubieran pasado por el restaurante, cada vez que se mencionaba a una persona de Santiago del Estero Electra los recordaba diciendo: «Los santiagueños son altos y buen mozos, y siempre caminan en fila».

Los clientes de la trattoria no solo iban a comer: también esperaban secretamente que en la cocina ocurriera algún evento, una pelea o discusión que se convirtiera en el *show* de la noche.

A veces, cuando sus sobrinos más chicos comían en el restaurante, el Chiche los obligaba a cantar alguna canción en italiano:

—¡Canten! Para que la gente diga: ¡qué alegre es este lugar!

Las hermanas del Chiche también solían cantar canciones y les gustaba recordar al tenor Enrico Caruso, que con su voz maravillosa había roto cristales en los teatros más importantes del mundo, entonando canzonettas napolitanas y volviéndolas famosas, tan famosas como la *pizza*. La más conocida —aunque no necesariamente la más hermosa— era «O solé mió». También cantaban una sobre un soldado que parte a la guerra y que le dice a su enamorada que lo espere y le escriba cartas, y que esté contenta porque él no piensa en ninguna mujer más que en ella. Esa canción se había vuelto una especie de himno de Nápoles, y hasta los hinchas de fútbol la cantaban en el estadio, dedicándole esos versos de amor al equipo de la ciudad.

Otra canción muy famosa hablaba de volver a Sorrento, y era tan bella que hasta Elvis había grabado una versión en inglés que se llamaba «Surrender» título que sonaba parecido a como las hermanas del Chiche pronunciaban *Surriento*.

—Pero la versión en inglés es papocchia —decía el Chiche.

Como la cocina estaba en el fondo del salón y era a la vista, todo lo que pasara ahí dentro, bueno o malo, era motivo de espectáculo.

El más célebre sucedió un mediodía en que una cocinera y una moza se pelearon por el mismo hombre, un cadete del restaurante que las había seducido a las dos. La cocinera, celosa, le entregó una orden equivocada a la moza para hacerla quedar mal con los clientes y la moza, para vengarse, le echó un frasco entero de sal a la masa de los sorrentinos sin que la otra se diera cuenta. La pelea estalló cuando el Chiche fue a sentarse a la mesa de los clientes y, notando que pasaba algo extraño con la comida, probó un sorrentino más salado que el agua de la Bristol.

—¡Catroshas! —les gritó desde la mesa.

Todos los comensales del restaurante, paralizados de horror y fascinación, apoyaron los tenedores en el plato y giraron sus sillas en dirección a la cocina. Hubo un segundo de silencio que alcanzó a la cocinera y a la moza y las dejó inmóviles, mirándose con odio, como dos nenas. Un momento después, estaban una sobre la otra, arañándose la cara y tirándose del pelo. La esponjosa melena negra de la cocinera, que permanecía siempre guardada dentro de la cofia, se liberó de golpe como un gato enardecido. Solo se calmaron cuando llegó el cadete a separarlas y se las llevó adentro a las dos.

—Eso pasa por tener empleadas chinasas —dijo el Chiche.

Pepé estaba en la trattoria ese mediodía y se había quedado mirando la pelea, fascinado por el *show* como el resto de la gente. Cuando Carmela se dio cuenta de que había pasado la hora de su novela favorita, le dijo:

—Pepé, ¿se perdió *Rosa de lejos*!

—No se preocupe, Carmela —respondió él—. Hoy tuve *Rosa de cerca*.

La anécdota corrió como rumor por toda la ciudad y a la noche siguiente el local explotaba de gente. La cola de familias esperando para entrar llegaba hasta la avenida Independencia y doblaba la esquina.

El restaurante también tenía algunos clientes a los que llamaban pensionistas, porque iban a comer todos los mediodías y pagaban un precio fijo por el menú, que consistía en lo mismo que comiera el personal. Los pensionistas eran apreciados: habían sido los primeros en probar los sorrentinos Don Umberto®, muchos años antes, cuando el negocio recién comenzaba y no era más que un pequeño emprendimiento familiar. Varios incluso comían en la larga mesa de la familia, en la que entraban unas veinte personas. Uno de los pensionistas era un doctor que llegaba todos los días a las doce y se había hecho fama de tener siempre una respuesta inteligente para todo. A veces las mozas entraban riéndose al restaurante porque habían visto al doctor a las doce menos cinco parado en la esquina, haciendo tiempo para entrar puntual. Cuando una conversación en la mesa se tornaba filosófica o compleja, se le pedía opinión.

En una ocasión Carmela y Corina, que era una exnovia de Umberto, hablaban sobre uno de los empleados santiagueños, un hombre alto y morocho que en verano era cadete en la trattoria y en invierno trabajaba la tierra.

—Corina —preguntó Carmela—, ¿qué opina usted del santiagueño que lava los platos?

—¡Qué hombre más serio y reservado! —dijo Corina.

—Si le ofrecieran un millón de pesos, ¿usted se acostaría con él? —le preguntó.

—Ay, no sé. ¡Qué difícil! ¡Tendría que pensarlo! ¿Y usted?

—¡Ay, por Dios, no sé! —dijo Carmela, escandalizada por su propia pregunta—. Pero un millón de pesos es mucha plata...

Mientras el doctor comía, escuchaba impasible la conversación de las dos mujeres.

—¿Usted qué opina, doctor? —le preguntó Carmela.

—Habría que preguntarle al santiagueño si quiere —respondió muy serio, y siguió tomando la sopa.

Se contaba en la mesa que en una ocasión el Chiche había ido a Buenos Aires a tratar de patentar los sorrentinos como invento familiar. Cada vez que viajaba lo acompañaba alguno de sus empleados más cercanos. En esa oportunidad había llevado a una moza joven y enérgica que había entrado hacía poco pero que ya se perfilaba como persona de confianza. El Chiche se habría llevado a Adela, pero Adela era tan frágil y sciaquada que ni siquiera podía pedirle que le cargara las valijas.

Sciaquada era la palabra con la que se nombraba en la familia a las mujeres sin gracia. No importaba que fueran viejas o jóvenes, lindas o feas, gordas o flacas (y aunque no todas las flacas eran sciaquadas, generalmente sí sucedía al revés). Era una categoría que se aplicaba solamente al género femenino y venía del verbo en italiano para «enjuagar». No existían hombres sciaquados. Había aristócratas sciaquadas, que tenían la mejor ropa pero parecían siempre lavadas, tristonas, como pasadas por agua. También había actrices sciaquadas, que no transmitían ninguna emoción. Para el Chiche ninguna actriz italiana era sciaquada; eran más bien todo lo contrario, y aunque no existiera una palabra para describir esa cualidad opuesta, actrices no sciaquadas eran, por supuesto, Sophia Loren, Anna Magnani, Silvana Mangano y muchas más. Esta última era su favorita, sobre todo en el papel de Anna, en esa película en la que ella, la Mangano, es una monja que atiende a los enfermos en un convento y un día llega un hombre que le hace recordar su pasado de cantante un poco catrosha en un *cabaret*. Entonces ella se arrodilla para rezar, pero a la vez se nota que siente una añoranza de su vida anterior, tan distinta de la que tiene ahora. Se empiezan a escuchar unos tambores y aparece una escena de su pasado, en la que ella lleva puestos unos pantalones inflados y baila y canta con dos negros «el baión», y sus gestos son tan extraños que parece una mujer de otro mundo. El Chiche se sabía entera la canción y la cantaba, siempre que estaba de buen humor, cuando bajaba al restaurante para el turno del mediodía:

*Ya viene el negro zumbón
bailando alegre el baión
repica la zambomba y llama a la mujer...
¡Tengo ganas de bailar el nuevo compás!
Dicen todos cuando me ven pasar:
«¿Chica, dónde vas?».
«Me voy pa' bailar... ¡el baión!».*

Cuando Manuel, el hijo de Carmela, se puso de novio con Margarita, una chica callada, rubia y muy fina, Carmela dijo en la trattoria:

—Es buena chica, aunque un poco sciaquada.

A Carmela le interesaba particularmente que ninguna novia de sus hijos fuera sciaquada ni catrosha, pero si había que elegir entre esas cualidades, sciaquada era el mal menor. Había, sin embargo, una gran diferencia entre las dos: una mujer podía dejar de ser catrosha si quería, pero dejar de ser sciaquada era mucho más difícil.

Los sobrinos más chicos iban y le preguntaban al Chiche:

—¿Mi mamá es sciaquada?

—Claro —respondía él.

—¿Y la prima Dorita es catrosha?

—Ahora no, de joven lo fue.

—¿Somos todos chinasos?

—Ustedes no, los primos de Buenos Aires, sí.

En Buenos Aires, el Chiche y la nueva moza se habían hospedado en un hotel, en dos habitaciones separadas que se conectaban por una puerta para que el Chiche pudiera llamarla y pedirle cosas sin tener que levantarse de la cama. Entre los empleados de la trattoria, ser elegido para viajar con él era al mismo tiempo una gran señal de confianza y una maldición. Había que despertarse antes que él para tenerle la ropa lista, cargarle las valijas, acordarse de la hora en que tomaba cada remedio, acompañarlo a todos lados y hacerle mandados. Además, no había que olvidarse de empacar las fundas de la almohada, porque al Chiche no le gustaba usar las fundas del hotel.

En la oficina de patentes de Buenos Aires lo había atendido un hombre que le preguntó:

—¿Qué quiere registrar?

—Los sorrentinos.

—¿Y eso qué es?

—Una pasta rellena.

—¿Cómo los ravioles?

—No, no tienen nada que ver —dijo el Chiche con gesto de rechazo.

—Pero ya existen las pastas rellenas —respondió el empleado con un destello de satisfacción en los ojos.

El Chiche contaba este episodio con su clásica cara de disgusto, una mueca inolvidable que existe solo en algunos rostros italianos y que consiste en deformar la mitad de la cara y bajar la comisura de los labios como imitando la máscara griega de la tragedia. En ese viaje, y sobre todo por culpa de ese empleado, el Chiche no había podido sacar la patente. Un tiempo después, sin embargo, consiguió inscribir los sorrentinos Don Umberto[®] como marca registrada en la misma oficina de la calle Paseo Colón.

—Spaccone de porquería —decía, al recordar a ese funcionario.

Un *spaccone* era una persona que se daba aires, que creía ser más de lo que era o que exhibía con soberbia lo que poseía o creía poseer. Cuando el sobrino Manuel tuvo una buena racha en el trabajo y logró comprarse un Peugeot 504, lo estacionaba enfrente del restaurante para espacconear con sus parientes que tenía auto nuevo. En otra oportunidad, María Emilia, la nieta del primo Ernesto, consiguió trabajo de bailarina en un famoso programa de televisión. Su abuelo comenzó a

ir al restaurante con una revista doblada bajo el brazo en la que salía el conductor del programa y en algún momento de la conversación la apoyaba sobre la mesa y comentaba: «¡Mirá, el jefe de María Emilia!». Después, no bien se iba, el resto lo criticaba por andar espaconeando con el hecho de que su nieta fuera una catrosha que aparecía semidesnuda en la televisión.

Lo cierto es que, con o sin patente, la popularidad de los sorrentinos crecía de forma enloquecida. De todos los rincones del país llegaba gente a probar la famosa pasta familiar y a saludar al Chiche, que se había convertido en una especie de celebridad marplatense. Él recorría las mesas para charlar con viejos y nuevos clientes, y todos quedaban fascinados por la calidad de la comida y la cocina a la vista. La familia consideraba un triunfo que algunos clientes incluso hubieran empezado a cortar los sorrentinos solo con tenedor, como correspondía, y que usaran el cuchillo únicamente para untar la manteca en los pancitos y las galletas de Rivetta.

Nunca faltaba quien hiciera un comentario bienintencionado pidiendo una carta más larga, platos con pescado, más opciones de vinos, un ambiente más romántico o precios un poco más bajos. Ninguna de esas sugerencias era adoptada por el Chiche, como tampoco las de sus sobrinos, que seguían insistiendo en que debía abrir más locales, sucursales, una franquicia en Buenos Aires. Puso, sin embargo, un cartel en la entrada del restaurante que decía: «Trattoria Napolitana. Primera sorrentinería del país. Atendida por sus dueños. No tiene sucursales».

Mientras tanto, la invención familiar ganaba más y más espacio en otros restaurantes y casas de pastas en las que se vendían aberraciones de todo tipo: sorrentinos de zapallo, brócoli, hongos, frutos de mar, nueces o queso azul.

El otro hermano del Chiche, que era serio y mesurado, permanecía siempre ajeno a los sucesos de la trattoria y no se interesaba especialmente por la suerte de la pasta familiar. Lo llamaban Totó y de los cinco hermanos era el único rubio. Totó era dueño de un hotel con restaurante que quedaba cerca de la estación de tren. En ese restaurante se servían algunos platos que no estaban incluidos en el menú de la trattoria, como ñoquis a la romana o mostacholes *alla príncipe di Napoli*, una receta de fideos que llevaba pollo, *mozzarella*, ragú de carne y arvejas. Había entre el Chiche y Totó un acuerdo tácito: el restaurante de Totó servía todas las recetas tradicionales, excepto los sorrentinos.

Totó se había casado con una mujer llamada Lucinda, oriunda de la Isla Maciel de Buenos Aires, que ayudaba a su marido en el local aunque no entendía nada de pastas ni de recetas. Carmela y Electra se lamentaban de que su único hermano de ojos celestes se hubiera casado con una mujer tan china. Muy cada tanto, la pareja iba a comer a la trattoria y la mujer de Totó siempre pedía «fideos». Cuando le preguntaban si quería vermicelli o tagliatelle, ella respondía: «¡Me da lo mismo! En la panza todo se mezcla y tiene la misma forma».

Carmela y Electra abrían grandes los ojos y se miraban en silencio, profundamente escandalizadas de que alguien con tan poca sensibilidad para la comida llevara adelante un negocio gastronómico.

Totó tuvo la desgracia de morir joven a causa de un esfuerzo, cuando intentaba mover una heladera. Lucinda, viuda y sin la menor idea de cómo dirigir el negocio, lo cerró y puso el local en alquiler. A pesar de no tener demasiados vínculos con la familia de su marido, siguió yendo a comer a la trattoria ocasionalmente, y cada vez que iba y pedía un plato inexistente como «pollo con condimento», Electra unía los dedos a la altura del pecho, en gesto de irritación, y daba a las cocineras una orden bien específica como «pollo *alla cacciatore* con poco romero», porque sabía que a Lucinda no le gustaban las hierbas.

Totó y Lucinda habían tenido un hijo, Honorio, al que la familia respetaba porque solía ir a la trattoria en los festejos y las ocasiones especiales y, al igual que su padre, no tenía la costumbre de criticar ni hablar mal de nadie. «Honorio salió fino», se decía de él.

Este Honorio se casó con una mujer que trabajaba de cocinera en un local del centro de la ciudad. La mujer se llamaba Matilde Montero, pero todos le decían «la Gorda Montero». Como ella estaba disconforme con su trabajo y decía que la explotaban, Honorio fue a hablar con el Chiche para pedirle que la tomara en la trattoria. La mujer tenía experiencia gastronómica y ahora que formaba parte de la familia podría ser una buena incorporación al plantel de cocineras. Al

Chiche le caía bien este sobrino, que no tenía ningún rasgo sobresaliente que lo hiciera pesado como Ernesto o irritante como Dorita, de modo que le dijo que sí, que no había problema, y acordaron que la Gorda Montero entrara a trabajar en el restaurante de inmediato.

Cuando el Chiche la contrató, desconocía una parte fundamental de su pasado: la Gorda Montero había estado presa.

Antes de conocer a Honorio, se había casado con un policía que la maltrataba y la golpeaba. Un día, harta de tantos abusos, la Gorda agarró el arma reglamentaria de la policía bonaerense que él guardaba en un cajón de la cómoda y le pegó tres tiros en el pecho. Él sobrevivió, pero, como era de esperarse, ella fue a la cárcel. Una vez cumplida su condena, consiguió trabajo de cocinera y poco después se casó con Honorio. La familia no tenía idea de dónde podían haberse conocido dos personas tan diferentes.

La primera acción de la Gorda Montero al entrar a trabajar en la trattoria fue ocupar la mesada central de la cocina, que hasta entonces le correspondía a Facha Fariña. Facha Fariña se molestó y, a pesar de que era mujer de pocas palabras, para marcar su territorio le dijo:

—En esta cocina se respeta la jerarquía.

Pero la Gorda se le paró enfrente con los brazos en jarra y hubo entre ellas un duelo de miradas. Después de un minuto en el que no voló una mosca, la Gorda Montero le dijo:

—En esta cocina mandan los Vespolini. ¿Vos estás casada con un Vespolini? Yo sí.

Facha Fariña no respondió. Entendió que era imposible competir con alguien que llevara el apellido de la familia, no importaba que fuera una pariente política recién llegada. Y así fue como la Gorda Montero se adueñó de la cocina.

De a poco, empezó a introducir pequeños cambios en las recetas de todos los platos. La lasagna pasó a tener dos capas de carne en lugar de tres y los ñoquis, que antes eran lisos y cuadrados, ahora eran rayados y esféricos.

—¿Qué es esta papocchia? —preguntó el Chiche la primera vez que vio los ñoquis rayados en los platos de unos clientes.

Desde la cocina, la cocinera encargada de los ñoquis le respondió:

—La Gorda dice que ahora los hacemos con esto —y levantó la tablita de madera con la que le habían ordenado que tenía que rayar los ñoquis.

El Chiche estaba indignado, pero no se atrevía a enfrentar a la Gorda, porque era la mujer de su sobrino.

Entonces ocurrió algo mucho más grave: de repente los sorrentinos empezaron a servirse desinflados, con menos queso en el relleno, y cuando el Chiche se fue a quejar las cocineras le dijeron:

—La Gorda dice que el queso está caro.

El Chiche ardía de indignación:

—¡Maldito el día en que contraté a la Gorda!

Lo decía solo en su círculo más cercano, porque cuando estaba frente a ella en el restaurante no quería demostrar que había perdido poder y que el control de la cocina había quedado en manos de una cocinera. Hacía de cuenta que las cosas entre ellos eran normales y que él seguía siendo el jefe.

Entre las tareas de la cocina, una de las más tediosas era cambiar el aceite de la freidora. Implicaba quedarse después de hora hasta que se enfriara el aceite antes de poder tirarlo con

cuidado en un tacho especial y recargar el enorme recipiente con aceite nuevo, para que quedara listo para usar en el turno siguiente. Era una tarea que tenía que hacerse muy seguido, porque de otro modo las papas fritas, las milanesas y los *saltimbocca* salían con gusto rancio y el ambiente en la cocina se volvía denso y pegajoso. El Chiche, como al pasar, le decía a Montero:

—Gorda, hoy cambiás el aceite.

Ella agarraba un gran cuchillo de cortar carne, lo clavaba en la mesada de madera que los separaba y decía:

—El aceite no se cambia.

El Chiche se encogía de hombros, simulaba que el asunto no tenía importancia, miraba para otro lado y decía:

—Bueno, a ver, rallen esa horma de queso.

Durante el reinado de la Gorda Montero, llegó a ocurrir que la familia, sentada a la mesa, pidiera, por ejemplo, «escalopes a la marsala con papas fritas» y la Gorda respondiera con su voz potente desde la cocina:

—Hoy se come pollo con puré, la carne es para los clientes. —Y eso era lo que mandaba a la mesa.

La familia se sentía prisionera en su propio restaurante. A la Gorda no se le podía discutir nada; su presencia en la cocina era todopoderosa.

Extrañamente, tenía predilección por una sobrina nieta del Chiche que tenía dos hijos chiquitos. Como el marido de la sobrina ganaba poca plata, iban a comer al restaurante al mediodía y a la noche. Cuando llegaban, la Gorda Montero dejaba lo que estuviera haciendo, aunque hubiera clientes esperando su comida, y le preparaba a esta familia cualquier cosa que tuvieran ganas de comer, incluso si los chicos querían algo que no estaba incluido en el menú. Las demás cocineras se quejaban, por supuesto, porque se atrasaban todas las comandas, y el Chiche gritaba:

—¡Gorda, apurá, apurá!

Pero la Gorda volvía a clavar el cuchillo en la mesada de madera y se hacía silencio. Las comandas salían cuando ella lo disponía.

La Gorda Montero empezó a usar su apellido de casada y a firmar como Matilde Vespolini. A todos lados donde iba y daba su nuevo nombre, le preguntaban:

¡Ah! ¿Es pariente de Chiche Vespolini?

Y ella respondía:

—Sí, claro. Es mi tío.

Daba la casualidad de que una de las hijas del primo Ernesto también se llamaba Matilde Vespolini. Para diferenciarlas, la familia empezó a llamarlas «la Gorda» y «la Matilde nuestra».

Las dos frecuentaban las mismas tiendas en el centro y un día la hija de Ernesto empezó a recibir reclamos por compras impagas, cuantiosas facturas de electrodomésticos, zapatos y acolchados de plumas. La «Matilde nuestra» no había comprado nada de eso, pero las facturas llegaban a su nombre, y ni ella ni su marido entendían qué pasaba. Tardaron un tiempo en darse cuenta de que las facturas impagas eran deudas de la Gorda Montero. Cuando la «Matilde nuestra» supo que la cocinera estaba usando el apellido de la familia, armó un pequeño escándalo y llamó

al Chiche por teléfono para quejarse.

—¿Qué querés que haga? —le respondió el Chiche—. Se casó con un Vespolini. Te tendrás que joder.

La «Matilde nuestra» era orgullosa, y aunque odiara que la otra usara su mismo nombre no se atrevía a enfrentarla porque la avergonzaba que la Gorda, u otros parientes, pensaran que no tenía plata para pagar las deudas. Finalmente las tiendas les cancelaron el crédito a las dos.

Cuando la Gorda Montero anunció en el restaurante que haría una reunión para festejar su cumpleaños, y que toda la familia estaba invitada, las mujeres se miraron de reojo: no les gustaba la idea de visitar a la Gorda como se visitaban entre ellas, de igual a igual. La Gorda era y no era parte de la familia. Era, porque se había casado con un Vespolini y tenía su apellido, y trabajaba en la trattoria, que era el centro de todo lo importante. Además, sabía la receta secreta de los sorrentinos y decía «catrosha» y «catrosho» para referirse a gente que conocía.

Pero al mismo tiempo no era, porque a pesar de saber cocinar los sorrentinos no sentía por ellos un gran aprecio y, aunque estaba a cargo de la cocina, nadie había logrado que al momento de comer no cortara la pasta con cuchillo, una marca innegable de extranjería.

Después de invitarlos, la Gorda se sentó a la mesa de la familia, al lado de Carmela y enfrente de Electra y el Chiche, y mirándolos a los ojos de a uno les preguntó:

—Van a venir, ¿no cierto?

Ninguno de los tres pudo rechazar la invitación. No tenían excusas que no fueran incómodas y, además, una de las cosas que más odiaban en el mundo era parecer soberbios.

—Pero qué amable —dijeron las hermanas—. Por supuesto que iremos.

La Gorda volvió a la cocina a seguir trabajando y los tres se quedaron en silencio un rato largo, pensando cómo harían para que nadie supiera que iban a ir al cumpleaños de su pariente política, la cocinera.

La fiesta se celebró en la casa de la Gorda Montero y Honorio, en un patio amplio en el que habían dispuesto una mesa larga cubierta con un mantel de hule verde. Sobre la mesa había dos de las cosas que a Electra más la horrorizaban: damajuanas y sifones. Los sifones, decía ella, estaban hechos para rellenarse y por eso el agua del fondo podía llegar a tener años de antigüedad. Las damajuanas le daban tristeza porque le parecían objetos nobles —el nombre «damajuana» se lo habían puesto en honor a la reina Juana I de Nápoles, contaba— pero el vino que contenían los profanaba con su mala calidad.

La Gorda y Honorio salieron a recibir a sus parientes, contentos de que hubiesen aceptado la invitación, y los hicieron pasar al patio. Ahí, un señor que sería amigo o familiar de la Ciorda tocaba milongas en la guitarra y algunas personas bailaban. Se sirvió asado en buenas cantidades, y muchas ensaladas, que ni Carmela ni Electra probaron porque no acostumbraban comer verduras crudas fuera de casa. La Gorda bailó con su marido y con varios otros invitados y tomó abundante vino. Cada tanto pasaba junto a la mesa donde estaban sentados los Vespolini y levantaba su vaso:

—¡Por la familia! —decía, y el Chiche se sentía obligado a levantar su vaso de vino y chocarlo con el de ella, pero cuando la Gorda se alejaba fruncía la nariz e intercambiaba miradas de desagrado con sus hermanas.

La noche pasó, y cuando ya estaban por irse, después del postre la Gorda, emocionada y

acalorada por el vino y el baile, les dio a cada uno de los tres hermanos un abrazo que duró varios segundos.

Cuando salieron, el Chiche exclamó:

—¡Qué mishadura! No sirvieron café.

Tan misteriosamente como había llegado a la familia, la Gorda empezó a ablandar su comportamiento despótico en la cocina. De a poco permitió que el Chiche recobrar su papel de jefe y dejó de cuestionar cada una de sus órdenes en temas de menú, limpieza o calendario.

—¡A ver, acá se obedece a Don Chiche! —empezó a recordarles la Gorda a las otras cocineras, cuando les ordenaba que prepararan una masa o limpiaran la parrilla donde se asaba la carne.

—¡Era hora! —dijeron muchas por lo bajo, cansadas de ese teatro agotador de hacer de cuenta que tenían dos patrones.

La Gorda incluso hizo las paces con Facha Fariña y la dejó instalarse otra vez en su lugar de privilegio en la mesada de la cocina, mientras que ella se retiró a un sector lateral. Siguió supervisando el trabajo como si fuera de la familia, pero ya no pretendía que la gente comiera lo que a ella le daba la gana, y cuando creía detectar que algún proveedor quería aprovecharse del Chiche, lo enfrentaba empuñando su cuchillo de cortar carne:

—Usted no querrá estafar a los Vespolini, ¿no? —e inflaba el pecho en dirección al interlocutor, que terminaba haciendo precio, aunque nadie se lo hubiese pedido.

Un día la Gorda se enteró de que estaba enferma de cáncer. Comenzó a faltar al trabajo con frecuencia y, cuando aparecía, estaba ojerosa y cansada. Ya no tenía fuerzas para hacer cumplir su voluntad, pero su presencia volvía el clima en la cocina cada vez más sombrío. Lo que antes había sido ardor y vehemencia ahora era oscuridad y abatimiento. A veces, en medio de un turno, la Gorda se ausentaba de su puesto, y cuando el Chiche preguntaba por ella le decían que estaba en el entrepiso, descansando. Él subía a buscarla para hacerle un pedido y la encontraba sentada, con la mirada perdida y los pies apoyados sobre una bolsa de pan.

La familia odiaba hablar de enfermedades y no le hicieron muchas preguntas; creían secretamente que discutir las dolencias era un presagio que las atraía. Para horror de todos, poco después Electra se enteró de que ella también tenía cáncer. El Chiche, que internamente ya había hecho las paces con la mujer de su sobrino, volvió a decir por lo bajo en la mesa:

—¡Maldito el día en que contraté a la Gorda!

La enfermedad avanzó en los dos cuerpos a una misma velocidad. Los internaron en el mismo sanatorio y los familiares que iban a visitar a Electra se detenían también un momento a saludar a la Gorda, porque llamaba la atención verla tan consumida e indefensa y porque su habitación tenía televisor color y podían quedarse unos minutos mirando la tele sin necesidad de hablar demasiado.

La Gorda Montero y Electra murieron con pocos días de diferencia y la trattoria cerró por duelo durante una semana entera.

Con la muerte de Electra se perdieron muchas de las recetas tradicionales que ella guardaba en su memoria, como la *pasta efagioli*, la *pastiera* o el *babá*, y la preparación de las salsas para los sorrentinos quedó sin supervisión. El Chiche se puso muy triste y quedó un poco

desconcertado, porque, aunque Electra fuera una mujer silenciosa, había ocupado un papel central en la trattoria, que ahora quedaría vacante.

Una mañana, justo antes de que abrieran las puertas al público y cuando el personal acababa de terminar de comer, se oyó un grito desde la parte de arriba del local y todos vieron a Facha Fariña bajar corriendo las escaleras a medio vestirse.

—¡La Gorda! ¡La Gorda! —gritaba.

Tenía la cara pálida y le temblaban las manos.

—¡El fantasma de la Gorda! ¡La vi! La vi mientras me cambiaba... ¡Se quiere quedar!

Al Chiche se le transformó la cara. Cualquier hecho relacionado con la muerte le provocaba un terror indecible, y mucho más si en el asunto intervenían factores sobrenaturales.

—¡Catrosha, no digas papocchias! —le gritó a Facha Fariña, que seguía temblando y se sostenía el delantal con las dos manos, cubriéndose el pecho.

—¡La Gorda, la Gorda! —gritaba Fariña.

Las compañeras de la mujer la rodearon y le alcanzaron un vaso de agua y una silla, mientras ella intentaba tranquilizarse y decía:

—¡Ahí arriba no me cambio más! La Gorda se quiere quedar...

El resto del día se desarrolló con relativa normalidad, pero cuando terminó el turno ninguna de las empleadas quiso vestirse en el entrepiso, de modo que improvisaron un vestuario en otra despensa que había junto a la cocina. Al final del día, el Chiche les pidió a Pepé y a su hermana Carmela que se quedaran con él y llamó por teléfono a su amigo el cura Adelfi.

—Necesitamos un exorcismo en la trattoria —le dijo—. Urgente.

—¿Qué pasa? ¿Hay presencias? —le preguntó Adelfi al otro lado del teléfono—. Mirá que yo no estoy autorizado...

—¡No importa! —dijo el Chiche—. Una catrosha de la cocina dijo que vio al fantasma de la Gorda Montero. Necesitamos un exorcismo.

Se hizo un silencio en la línea y Adelfi dijo:

—Si te deja más tranquilo, puedo bendecir el local...

—Sí, sí, cualquier cosa, pero pronto. Que hasta que no vengas no voy a poder dormir.

A Pepé, que era científico y no creía en espíritus de ninguna clase y se había divertido enormemente con la escena de Facha Fariña semidesnuda bajando a zancadas la escalera, la idea le pareció absurda y estafalaria. Pero cuando Carmela le preguntó si asistiría al exorcismo, él respondió:

—No me lo pierdo por nada del mundo.

Adelfi llegó al día siguiente con su maletín de cuero y la sotana puesta, y pidió quedarse un rato a solas en el entrepiso para prepararse. Para ese entonces ya se había corrido el rumor y nadie había querido perderse el acontecimiento. Parados frente a la cocina, estaban el Chiche, Pepé, Carmela con su hija Virginia y su marido, la prima Dorita y su marido, el primo Ernesto y su mujer, sus hijas y varios otros sobrinos.

De pronto, uno de ellos, alarmado, dijo:

¡Nos olvidamos de avisarle a Honorio! ¿Lo llamamos?

—No hay tiempo, no hay tiempo —dijo el Chiche, que trataba de ocultar un temblor de las

manos.

Las empleadas también habían llegado temprano para ver la escena. Ninguna se animaba a subir al entrepiso, donde Facha Fariña había visto al fantasma de la Gorda Montero, y se habían cambiado de forma apresurada, amontonadas en los baños de los clientes.

El padre Adelfi salió de la despensa con un cáliz en la mano y un pequeño crucifijo colgado del cuello. Todos dejaron de hablar y adoptaron una actitud solemne, de expectativa. Pepé tenía el codo apoyado sobre el brazo y se tapaba la boca con los dedos para que no se notara que contenía la risa.

Adelfi desapareció por las escaleras que llevaban al entrepiso y se oyó que repetía unas frases en latín. Al rato, bajó y empezó a caminar despacio por el local, mientras seguía diciendo sus oraciones. Cada ciertos pasos, mojaba los dedos en el cáliz y tiraba gotas de agua bendita al aire, sobre las mesas y las paredes llenas de fotos y pinturas. El personal y la familia no le sacaban los ojos de encima.

—Acá también —le indicaba el Chiche, y señalaba algún rincón que le parecía que había quedado sin salpicar.

Cuando Adelfi hubo recorrido todo el restaurante, se dirigió a la cocina y dijo unas palabras sobre la mesada en la que la Gorda Montero solía trabajar. Hizo la señal de la cruz y se quedó rezando unos segundos. Cuando terminó, se acercó al Chiche y le dijo:

—Listo. Todo bendecido. La Trattoria Napolitana es terreno del Señor.

Muchos se persignaron, y como era casi la hora de abrir las puertas al público, el Chiche dio indicaciones al personal para que tomaran sus puestos y se pusieran a trabajar.

—Ya está, ya está, no se hable más —dijo, no bien se sentó a la mesa.

—Adelfi se merece unos sorrentinos —dijo Pepé, con una media sonrisa.

Entonces el Chiche llamó al mozo Mario y dijo:

—Carpi, ¡sorrentinos para el exorcista!

Carmela, la otra hermana del Chiche, tenía la costumbre de preocuparse por todo y de frotarse las manos con alcohol antes y después de tocar cualquier cosa poco familiar. Llevaba una botellita en la cartera, mucho antes de que se inventara el alcohol en gel. Decía «el alcohol es santo» y, después de usarlo, le daba siempre un besito a la botella. Su otra debilidad, además del alcohol, era el Espadol, y cuando se daba un baño de inmersión tiraba un chorro fragante de ese líquido ambarino que se volvía blanco al entrar en contacto con el agua, para sentir que emergía de la bañera completamente fresca y desinfectada.

Carmela se había casado con Elvio, un piamontés que era dueño de un hotel importante. Elvio había llegado de Italia siendo muy joven, luego de haber sido perseguido, según decían, por los fascistas. Para salvarlo, sus tías lo habían mandado a Mar del Plata, una ciudad en la que vivían muchos italianos. Elvio había conseguido trabajo en hoteles y, después de algunos años como empleado, había abierto su propio establecimiento: el Hotel Güemes, en Güemes y Alberti.

Carmela era argentina, marplatense como sus hermanos, pero hablaba con su familia en napolitano y tenía la piel trigueña y el temperamento meridional, y eso a Elvio lo enamoró. Como de chica había vivido en la casa amarilla de sus padres, en Sorrento, amaba los limones, los acantilados y todo lo que le recordara a su infancia. Sentía una gran conexión con África y sus habitantes, aunque nunca había estado ahí ni sabía nombrar más de tres países africanos. Recordaba con mucha intensidad un episodio de su niñez en el que una familia de africanos había pasado por Sorrento y la ciudad entera había salido a mirarlos. Algunos incluso se habían acercado a tocarlos porque decían que hacerlo traía buena suerte.

—¡Cómo me gustaría algún día hacer amistad con un negro! —decía Carmela, recordando a esa familia—. ¡Qué lindo el pelo mota! ¡Qué buena piel tienen las mujeres!

En invierno, padecía el frío y declaraba lo mucho que le habría gustado vivir en África. «En África no necesitaría el echarpe», decía. Cada tanto, cuando surgía el tema, le preguntaba a su marido si era realmente tan malo que Mussolini se hubiera metido en Abisinia, si al fin y al cabo lo había hecho para liberar a todos esos africanos que sufrían. Elvio enrojecía de la rabia porque odiaba a los fascistas y los consideraba bestias ignorantes.

—¡Pero la canción es tan alegre! —decía ella, y tarareaba la estrofa principal del himno de los Camisas Negras—: «*Faccetta nera, bell'Abissina!*».

La canción contaba la historia de un soldado italiano que se enamoraba de una mujer africana y que le decía que pronto llegarían a liberarla, a ella y a su pueblo, del yugo de un rey tirano. Elvio odiaba que en su casa se mencionara la canción y tanto Carmela como sus hijos tenían

terminantemente prohibido cantarla en su presencia.

Carmela tenía tal fascinación por los africanos, que en una ocasión, mientras la familia comía en la trattoria del Chiche, se había quedado paralizada al ver que entraba caminando por el pasillo un hombre alto y negro que luego se había sentado solo a una de las mesas junto a la pared. Lo observó durante toda la comida, y finalmente le pidió a la moza que lo atendía que le preguntara de dónde era. Él dijo:

—*America.*

Al ver que no venía de África, Carmela perdió inmediatamente el interés.

Otra cosa que a Carmela le encantaba era una fábula italiana en la que un pájaro mágico le hacía elegir a una mujer si quería la fortuna en la juventud o en la vejez. La mujer elegía la segunda y entonces, antes de volverse vieja, le pasaban montones de cosas terribles: se separaba de su familia, la vendían como esclava a unos piratas y tenía que trabajar de sirvienta en el palacio de un rey. Cuando todo parecía perdido, la mujer se reencontraba con su marido y sus hijos, que se habían hecho ricos, y vivía en la abundancia hasta el fin de sus días. Carmela consideraba que esa mujer era una estúpida porque opinaba que la riqueza, si no se tiene en la juventud, es mejor no tenerla, y cada vez que veía a algún pájaro posarse en una ventana de su casa juntaba las manos y decía:

—¡Pájaro, a mí dame la fortuna ahora! ¡En la vejez, no! ¡Ahora!

Elvio era serio y trabajador. Lo avergonzaba que sus hijos dijeran malas palabras y se rieran fuerte o que hicieran cual quier cosa que rozara el ridículo. Odiaba, también, las películas de Alberto Sordi y a los Tres Chiflados: lo ponían nervioso con su torpeza y su falta de decoro. Si la familia iba al cine y en la función continuada pasaban una de Alberto Sordi, él hacía un esfuerzo por verla, pero terminaba levantándose en la mitad, en medio de las risas, cubriéndose la cara porque lo que veía en la pantalla le daba vergüenza. Esperaba a su mujer y a sus hijos fumando en el auto y mirando hacia la nada, serio como un alemán. Odiaba sobre todo una película de Alberto Sordi en la que él interpreta a un soldado que cae prisionero de los ingleses durante la campaña en África. Decía que hacía quedar como unos cobardes a los italianos con eso de que «soldado que escapa sirve para otra guerra».

Elvio era tan serio que la familia recordaba haberlo visto reírse una sola vez, durante un cumpleaños. Nadie recordaba el motivo de la risa porque verlo con ese gesto tan extraño les había producido una especie de *shock*. Sus hijos y nietos lo señalaron y gritaron:

—¡Se rio! ¡El abuelo se rio!

Entonces Elvio, que odiaba ser el centro de atención, enrojeció y volvió a ponerse serio inmediatamente. Sus nietos guardaron ese recuerdo mucho tiempo, como se guarda un tesoro. A veces, no con demasiada frecuencia, para que no se estropeará, lo sacaban a la luz y decían:

—¿Te acordás cuando se rio el abuelo Elvio?

La vergüenza más grande de Elvio había sucedido cuando estaba de vacaciones con su familia en Italia para visitar a sus tías, algunos años después de terminada la Segunda Guerra. Habían empezado el viaje en el Sur, en Nápoles, porque Carmela quería pasar por Sorrento y volver a ver el acantilado y el mar y la casa amarilla. El hotel en el que se hospedaban era elegante y lujoso — todo lo lujoso que podía ser un hotel durante la posguerra italiana— y cumplía las expectativas de

limpieza de Carmela y las de decoro de Elvio. Un día, sin embargo, volviendo al hotel de un paseo por las ruinas de Ercolano, Elvio miró hacia arriba y notó que algo raro sucedía. Tardó algunos segundos en entenderlo: en largas sogas estiradas frente a la fachada del hotel y sobre la cabeza de los transeúntes colgaba su ropa y la de toda su familia.

—¡Colgaron la ropa afuera! —le dijo a su mujer, completamente rojo de la vergüenza.

—¡Qué importa! —respondió ella—. ¿Quién sabe que es nuestra?

Pero Elvio sabía, y la imagen de sus calzoncillos suspendidos sobre la calle a la vista de todos lo mortificó hasta que dejaron la ciudad, como si él mismo hubiese estado colgado de esa sogas, en ropa interior.

El último día en Nápoles alquilaron un auto para ir hasta Biella, la ciudad natal de él, al norte de Turín, y recorrer gran parte de la península en el camino. En una intersección del trayecto entre Florencia y Turín, ya bien adentrados en territorio septentrional, Elvio dudó ante una señal de tránsito e hizo una maniobra que no estaba permitida. Un conductor enojado que pasaba a su lado sacó la cabeza por la ventanilla y, como el auto de Elvio tenía placa de Nápoles, le gritó:

—¡Inútiles, vuelvan al Sur!

Elvio quedó muy turbado de que lo confundieran con un napolitano que no sabía respetar las leyes de tránsito y estuvo de mal humor durante el resto del viaje.

Sus hijos, Virginia y Manuel, se habían fascinado con un helado que solo se conseguía en las heladerías de Turín: una crema bañada en chocolate sólido y montada en un palito de madera; pero Elvio, que estaba irritable, no dejó que lo probaran. Además, había oído que el amante más famoso de esos helados había sido Mussolini y, al menos en el Norte, todavía se asociaba su figura con esos bombones helados.

Cuando finalmente llegaron a la casa de las tías, la visita fue fría y ceremoniosa, y la comida que se sirvió, según Carmela contó en una carta que se leyó en la trattoria, fue «una papocchia poco abundante, con demasiada manteca, como acostumbran estos sciaquados del Norte».

Elvio pagaba los sueldos de sus empleados el primer día del mes, puntualmente, y no le gustaba pensar que sacaba ventaja de nadie. Una vez, un conocido le ofreció comprar en un remate municipal un enorme terreno a muy buen precio, en el que podría construir otro hotel o modernos edificios de departamentos para alojar a las hordas de turistas que empezaban a llegar Mar del Plata. La oferta era insuperable, pero al enterarse de que el terreno le había pertenecido a una viuda que había perdido todo, Elvio dijo:

—No, de una viuda yo no me aprovecho.

A Elvio también le disgustaba el presidente Perón, porque durante su gobierno lo habían obligado a destinar parte de las habitaciones de su hotel para hospedar a turistas del interior que iban a vacacionar a Mar del Plata con ayuda del Estado. «Usted se paga el pasaje, el gobierno el hospedaje», decían los avisos en los diarios y en la radio. Por esas habitaciones que tenía que apartar para el turismo social, Elvio recibía muy poco dinero y eso lo enfurecía. Pero no se atrevía a decir que no, porque había escuchado la historia de un colega hotelero italiano que, a los pocos días de negarse a ceder plazas en su hotel, había recibido una inspección sorpresiva de Sanidad Municipal. El colega contaba que el inspector había llegado muy prepotente y había afirmado que el hotel tenía ratones en la cocina. Por culpa de ese inspector y de sus supuestos

ratones, el hotel había estado clausurado durante todo el verano.

Elvio protestaba, pero temía lo que podía pasar si se negaba. Carmela le decía:

—¡No, señor! Al hotel de los Montaldo lo clausuraron porque lavaban la lechuga en la bañera. Que vengan al Güemes: ni una mota de polvo van a encontrar, ¡mucho menos un ratón!

Elvio tenía varios amigos cercanos, piamonteses como él. Uno se llamaba Baldi y su mujer era tartamuda. Cuando Manuel, el hijo, los veía llegar desde la ventana del comedor, gritaba:

—¡Ahí vienen los Ba-ba-baldi!

Si Elvio lo escuchaba, lo amenazaba con un zapato para que se callara. Que Baldi se sintiera ofendido por algo que habían dicho de él o de su familia en esa casa le habría causado una angustia insoportable.

En una época en que Baldi quería comprarse una casa, pasaba a buscar a Elvio todos los días después del almuerzo para que lo acompañara a mirar propiedades en el barrio de Los Troncos. Elvio tenía la costumbre de dormir una siesta después de comer, y para hacerlo se sacaba la ropa, se ponía el pijama y se metía en la cama con las persianas bajas. La hora de la siesta de Elvio era sagrada, y los chicos tenían prohibido jugar o gritar cerca de su dormitorio. En ese período de la búsqueda de casa de Baldi Elvio vivía molesto porque su amigo le impedía dormir la siesta, pero al mismo tiempo no concebía la posibilidad de sugerirle otro horario, por temor a que pensara que le molestaba acompañarlo. Se despertaba a la mañana, atormentado por esa situación que alteraba su rutina, y lo primero que le decía a su mujer al abrir los ojos era:

—¿Vendrá hoy Baldi a la siesta? —Y agregaba—: Qué buen hombre es Baldi...

Un día, después de comer, a Baldi le abrió la puerta Manuel, que entonces tenía unos diez años.

—¿Está el papá? —preguntó.

—Sí, está —dijo Manuel—, pero dice que está harto de ir a ver casas porque usted no lo deja dormir la siesta.

Elvio entró cuando Manuel terminaba esa frase.

—Baldi, por favor, no haga caso, son cosas de chicos —dijo, agarrando el sombrero para salir, pero Baldi respondió:

—Don Elvio, no se preocupe, los chicos y los borrachos dicen la verdad.

Y como también era serio y piamontés, no volvió a molestar nunca más a la hora de la siesta.

Otro amigo piamontés de Elvio se llamaba Dotto. Vivía en Buenos Aires y tenía una esposa piamontesa como él, y una hija adolescente muy hermosa. Los Dotto se instalaban todos los veranos en el Hotel Güemes y pasaban ahí la temporada entera, yendo a la playa, al casino y a pasear al centro. La hija de los Dotto se hacía pedir especialmente todos los años un cajón grande de duraznos. Se comía uno por día, con el desayuno, lo cual era una rareza, porque en esa época casi nadie comía fruta en el desayuno. Esa chica tenía una piel excepcional, cubierta de pelitos tan finos y delicados como los de la fruta, y Carmela, que atribuía su belleza a esa dieta extravagante, intentaba cada verano que su propia hija se alimentara de la misma manera, sin éxito.

—¡Comé duraznos! —le decía a Virginia—. ¡Así te venís linda como la hija de los Dotto!

Pero Virginia prefería internarse en la despensa del hotel a robar botellas de malta y frascos de aceitunas que después comía con el Chiche, sentados los dos en el cordón de la vereda.

El Chiche era tío de Virginia pero tenía casi su misma edad. Ella era la hija mayor y él, el menor de su casa, y había nacido cuando Carmela andaba por los dieciocho. En ese entonces, varios conocidos habían hablado mal de la familia porque pensaban que el Chiche no era hijo de su madre sino de Carmela, que todavía era soltera, y decían que habían intentado hacerlo pasar por su hermano para evitar el escándalo. Virginia y el Chiche crecieron juntos y desarrollaron el mismo entusiasmo por el cine, la comida y todo evento excepcional que obligara a la gente a quedarse encerrada en sus casas escuchando radionovelas o leyendo policiales, como una fuerte tormenta, una inundación o un golpe de Estado. Amaban la sensación de sentirse cómodos y a salvo dentro de casa, bien provistos de comida, mientras afuera reinaba el caos. Ese entusiasmo les duró muchos años, y siempre que pasaba algo extraordinario o terrible en el país, se frotaban las manos y decían «se viene, se viene» y se iban a hacer las compras para que la catástrofe no los sorprendiera sin chocolate, queso o galletitas.

Cuando en 1956 una ola gigante golpeó contra la playa Bristol, Virginia y el Chiche se aprovisionaron, porque pensaron que estaban ante un maremoto de escala épica que les permitiría permanecer encerrados muchos días y leer montones de novelas. Se decepcionaron mucho cuando se hizo evidente que el cataclismo solo había durado unos minutos y no volvería a repetirse nunca más.

Ir al cine era su actividad favorita en el mundo. Cada vez que veían juntos una película, jugaban a un juego que luego siguieron practicando toda la vida y que consistía en que cada uno eligiera, durante los primeros minutos, un personaje con el cual identificarse. La regla decía que tenían que seguir la suerte de ese personaje hasta el final, aunque se volviera malo, muriera o tuviera una fortuna mediocre. En general evitaban identificarse con los protagonistas porque su destino era demasiado evidente y preferían los roles secundarios, que en las mejores historias podían cumplir hazañas inesperadas. Jugando a ese juego se volvieron expertos en adivinar las tramas de las películas, sobre todo las de suspenso, y a veces antes de que el filme llegara a la mitad señalaban a un personaje y exclamaban «¡es el asesino!» o «¡la va a traicionar!» o «¡no puede vivir después de haber hecho lo que hizo!». Por lo general, tenían razón y, cuando miraban películas con otras personas, se ganaban alternadamente su bronca o admiración.

Lo sabían todo sobre el mundo del cine local y norteamericano, y como Radio Atlántica solía organizar juegos de trivias con premios para los oyentes —más que nada, entradas para el cine— ellos habían descubierto un truco que usaban siempre: al comienzo del programa discaban el número de la radio pero dejaban el último número sin marcar. Cuando llegaba el momento en que

el locutor formulaba la pregunta, hacían girar el disco con el último dígito y se comunicaban primero para dar la respuesta correcta. Los locutores de Radio Atlántica ya conocían sus nombres porque eran los ganadores más frecuentes de todos los concursos.

—¡Ha vuelto a ganar Chiche Vespolini! —decían.

Cuando supieron que Mar del Plata tendría su primer festival de cine internacional, Virginia y el Chiche sintieron que tocaban el cielo con las manos. Se anunciaba la visita de estrellas invitadas y películas de muchísimos países, incluso la presencia del presidente, que estaría en la proyección del primer filme en tres dimensiones. La estrella que más los entusiasmaba era Errol Flynn: adoraban sus personajes de aventureros, como Robin Hood o el Capitán Blood.

El día de la inauguración del festival fueron a esperar al actor a la salida del cine Ocean para pedirle un autógrafo y vieron entrar a Joan Fontaine y a Jeanne Moreau, que caminaban con elegancia por la alfombra roja saludando con la mano. El Chiche dijo:

—Jeanne Moreau ahora es muy hermosa, pero cuando sea vieja va a ser más fea que un orto.

Virginia, al igual que su madre y su tía, tenía una mala opinión general de las mujeres francesas, y dijo:

—Claro. A las francesas eso les pasa de tanto hablar con la lengua afuera. Cuando son viejas se les caen los cachetes.

Parados frente a la valla que separaba a los actores del público vieron llegar a Errol Flynn y las chicas a su alrededor enloquecieron. Hubo una pequeña avalancha, y Virginia, que también gritaba y tenía el brazo extendido hacia adelante, recibió un empujón y con la uña del dedo índice le arañó la cara al actor, justo encima del famoso bigote. Él la miró con odio y dio un paso atrás mascullando un insulto en inglés. Una de las chicas que gritaban le dijo a Virginia:

—¡Infeliz! ¡*Odia* que le toquen la cara!

El amor por el cine los unía pero también podía separarlos. Varios años después, Virginia se casó, y en ese momento ella y el Chiche estaban peleados. Habían discutido en la mesa de la trattoria a raíz de una película, y lo que empezó como una conversación terminó causando un espectáculo entre los clientes.

Sucedió una noche, mientras comían. El Chiche mencionó una escena de *Los siete magníficos* en la que aparecía Steve McQueen y Virginia exclamó, muy segura:

—¡Bah! En *Los siete magníficos* no trabaja Steve McQueen. El Chiche sostenía que sí trabajaba, y ella estaba convencida de que no, y no había demasiadas maneras de dirimir la cuestión porque la película no estaba en cartel. Todos los presentes tomaron partido por uno de ellos, exponiendo sus argumentos:

—Pero sí, Virginia, ¿no te acordás? —dijo alguien—. El del sombrero.

—Ese es Yul Brynner —respondía ella, que iba nombrando uno a uno a todos los actores de la película pero no lograba acordarse de Steve McQueen, y si en algún momento lo recordó, fue demasiado orgullosa como para admitirlo. La pelea duró meses.

Virginia se casó con un mendocino que nunca había visto el mar y que se había mudado a Mar del Plata porque su sueño era tripular un submarino. Cuando llegó la fecha del casamiento, Virginia y el Chiche seguían sin hablarse por culpa de Steve McQueen y, aunque le enviaron una invitación a la fiesta, el Chiche no se presentó. Sin embargo, no se perdió de ver a su sobrina entrar en la iglesia porque se había escondido detrás de un árbol en la vereda de enfrente, temblando de la emoción. Ella tenía un tul sobre la cabeza que con cada ráfaga de viento se

levantaba como el velo de un fantasma y llevaba el pelo rubio esponjoso como merengue italiano.

Del mismo modo irracional en que se habían peleado, poco después se reconciliaron. Nunca volvieron a hablar de esa pelea en particular, ni de esa película que los había separado en un momento tan importante de la vida, y que después de todo no era más que otra papocchia americana. La versión original japonesa había sido mucho mejor.

—*Our boys* no saben leer subtítulos —decía el Chiche—, por eso tienen que filmar todas las buenas películas de nuevo.

De chico, el Chiche había sido el favorito de sus hermanas, Carmela y Electra, que lo consentían y lo llevaban con ellas a todas partes como un juguete. Luego nació Virginia y a medida que crecían el Chiche empezó a pasar cada vez más tiempo con su nueva sobrina y con otras nenas de su edad. A los ocho años, prefería siempre los juegos con muñecos y la lectura antes que los juegos de varones. Su padre, un hombre con una vida social muy activa, sentía vergüenza de él cuando sus amigos iban a comer a su casa y veían que el Chiche se reía, hablaba y movía las manos como un catrosho. El resto del tiempo eso no le molestaba, pero, para evitar que se volviera tema de conversación entre sus conocidos, decidió averiguar discreta mente con algunos médicos de confianza qué se podía hacer con alguien así, tan... chillón.

El doctor Kavafis, un psiquiatra reconocido de Mar del Plata, le recomendó un tratamiento muy de moda y que al parecer estaba dando buenos resultados en casos similares en Norteamérica y Europa. Se trataba de una terapia eléctrica reorientativa que iba a ayudar al Chiche a perder esa afectación que, según los doctores, sería «un obstáculo en la vida» y que incluso podía en un futuro, y si no se la controlaba, convertirse en esquizofrenia.

En un principio, la madre del Chiche se opuso porque desconfiaba de la electricidad, pero Kavafis logró convencerla: le contó que el inventor de la terapia era un gran médico italiano, recientemente nombrado director del hospital mental de Roma. Le dijo que este médico, de apellido Cerletti, además de inventar la terapia electroconvulsiva, era un gran patriota: durante la Primera Guerra Mundial había ideado un camuflaje blanco para el ejército italiano que ocultaba a los soldados de los enemigos austríacos en la nieve. Al enterarse de esto, el padre del Chiche se consideró de inmediato admirador de Cerletti: era un orgullo que un compatriota hubiera hecho algo tan noble como ayudar a ganar la guerra y que luego hubiera dominado una fuerza tan incontrolable como la electricidad y la usara para curar a la gente.

«Ya los médicos romanos —le decía a su mujer, para convencerla— usaban anguilas eléctricas para curar el dolor de cabeza». Y agregaba que los italianos eran pioneros en el dominio de la electricidad y que, además, otro italiano llamado Antonio Meucci había sido el verdadero inventor del teléfono, llamado originalmente *teletrófono*. «Aunque el oportunista de Graham Bell se adelantó con la patente y se quedó con la gloria y el dinero».

La cura eléctrica de Cerletti prometía un niño menos llamativo, menos nervioso y menos inquieto, todas cualidades que incomodaban a la familia.

Como el padre estaba muy ocupado administrando sus negocios, y la madre no quería saber nada, fue Elvio el encargado de llevar al pequeño Chiche al tratamiento. No hacía mucho que se

había casado con Carmela y, para ganarse la confianza de sus nuevos parientes políticos, quería dar una mano en lo que fuera necesario.

Durante los siete meses que duró el tratamiento, Elvio pasaba todos los sábados a las ocho de la mañana a buscar al Chiche por su casa en la calle 25 de Mayo y juntos caminaban las diez cuadras que los separaban del sanatorio donde el doctor Kavafis le aplicaba la terapia.

La casa de la familia tenía un gran jardín en el frente y otro en la parte de atrás, y aunque tenía una sola planta, a causa de la disposición de las habitaciones y los pasillos, al entrar el lugar daba la impresión de extenderse indefinidamente en todas las direcciones. A veces la madre del Chiche hacía pasar a Elvio para que esperara sentado y leyera el diario mientras el Chiche se vestía, y le ofrecía un café negro con amaretti. No había desayuno, porque la terapia requería que el paciente hubiera ayunado durante al menos diez horas. En ocasiones, Elvio escuchaba los llantos y las protestas que llegaban desde alguna habitación lejana, amortiguadas por las pesadas cortinas y los gobelinos que cubrían las paredes. Podía distinguir el sollozo del Chiche, que no quería vestirse, y los lamentos de su madre que, en napolitano, le decía que se apurara, que no llorara, que no hiciera esperar al cuñado que tan amablemente se ofrecía a acompañarlo. Ella, mientras tanto, también lloriqueaba, y a medida que sus voces se volvían más claras Elvio los veía aparecer por una puerta, ella agitada, él callado y descolorido. La madre se lo entregaba a Elvio agradeciéndole una vez más y después los despedía en la puerta, estrujando un pañuelo entre las manos.

Caminaban hacia el sanatorio en silencio, Elvio fumando y el Chiche con la mirada en el piso. Cuando llegaban a la clínica, el Chiche, que durante esas diez cuadras no había hablado ni demostrado ningún aprecio por el marido de su hermana, de pronto parecía no querer separarse de él, y cuando las enfermeras iban a buscarlo, se aferraba a la manga del saco de Elvio y volvía a largarse a llorar. Elvio, que era poco dado a las expresiones de cariño, le palmeaba un poco la espalda sin mirarlo y le decía en italiano: «Vámos, vamos».

Las enfermeras acostaban al Chiche en una camilla con cintas de seguridad para brazos y piernas y se lo llevaban por un largo pasillo hasta que desaparecían detrás de alguna puerta.

El tratamiento duraba menos de cuarenta minutos y Elvio esperaba fumando. Cuando el Chiche volvía, caminando despacio, acompañado de una enfermera, se lo veía cansado y lívido, aunque todavía no fuera el mediodía. Temblaba ligeramente y tenía las sienes enrojecidas, porque en esa parte de la cabeza le colocaban las placas de metal. A veces, cuando salían a la calle, se quedaba parado y exclamaba «¡los zapatos!» y se miraba los pies, porque pensaba que después de la terapia se había olvidado de ponérselos.

—No pasa nada con los zapatos —le decía Elvio, palmeándole la espalda—. ¿No ves que los tenés puestos? ¿Cómo te van a dejar salir a la calle sin zapatos?

Aunque el tratamiento no había podido evitar que de adulto se hiciera catrosho, el Chiche había dejado de hablar y de reírse como antes, y durante un año entero después de la terapia se había comportado con suma parquedad. La promesa del doctor se había cumplido: estaba menos afectado, menos nervioso y menos inquieto que antes, y sus padres se avergonzaban un poco menos de él ante sus amigos.

Con los años, el Chiche se convirtió en un catrosho decoroso, salvo en los momentos en que recordaba algo hilarante, como la vez en que la prima Dorita vendió la peluca de la amante de su marido, o cuando, al mirar una escena de alguna película de terror, cerraba los puños y los hacía

girar a los lados de la nariz, gritando con voz aguda: «¡La va a matar! ¡La va a matar!». Sus películas de terror favoritas eran las de Dario Argento, y para mirarlas en los VHS que conseguía en sus viajes a Italia oscurecía por completo la habitación, se metía en la cama y se cubría con pesadas frazadas de lana, con una buena provisión de bombones de fruta, mentas con chocolate y otras cosas dulces al alcance de la mano. Con las películas de terror volvía a sentir que las catástrofes no tenían ningún poder sobre él en la calidez de su habitación.

El resto del tiempo se comportaba como un digno dueño de restaurante. Cuando aparecía algún cliente escandaloso, muchas veces alguna personalidad de la farándula que iba a comer en verano, durante la temporada teatral, el Chiche decía por lo bajo, mientras comía: «Marica reventada», pero lo saludaba a lo lejos con una sonrisa y un gesto de la cabeza. Ser catrosho y ser marica reventada eran dos cosas completamente diferentes: ser marica reventada era una provocación innecesaria, mientras que ser catrosho se había convertido, para la familia, en una especie de título honorífico.

Muchos años después de su terapia reorientativa, cuando se estrenó la película *Belleza americana*, que causó un gran revuelo y nadie conocía al actor principal, el Chiche dijo, charlando con sus sobrinos durante una sobremesa:

—Es catrosho.

Todos dijeron:

—¡Qué va a ser catrosho!

Pero después resultó que era.

Una vez, al volver de un viaje, contó que había conocido en Roma, en una plaza, al hijo del actor Ugo Tognazzi, que además de ser catrosho le había ofrecido droga. El Chiche puso cara de asco: catrosho era, pero drogadicto jamás.

Tanto Pepé como los otros amigos del Chiche eran catroshos de una manera discreta, porque ser catrosho también implicaba no hacer alarde de serlo. De todos los amigos catroshos del Chiche, Pepé era el más cercano. Toda la familia lo quería, en especial Carmela, que charlaba con él de canciones napolitanas y de las desventuras de *Rosa de lejos*.

Pepé y el Chiche viajaban mucho juntos a Italia, y en esos viajes a veces se peleaban y se separaban, y uno de ellos se tomaba el primer avión de vuelta a la Argentina mientras que el otro se quedaba allá, ofendido de muerte. Pero tarde o temprano volvían a amigarse y Pepé ocupaba otra vez su lugar habitual en la trattoria. Contaba en la mesa que una vez se habían peleado a los gritos frente a la heladería de Piazza Navona porque el Chiche quería ir a ver cómo el Papa daba su saludo dominical y Pepé, que era ateo, le había dicho que eso era «una ridiculez y una mersada», y entonces se habían gritado «¡Catrosho mersa!» y «¡Catrosho blasfemo!» enfrente de todo el mundo. Pepé se moría de risa al recordar esa anécdota, pero al Chiche le molestaba su cinismo y le decía: «te vas a ir al infierno». Pepé se reía, porque no creía en el infierno, ni en el paraíso, y mucho menos en la santidad del Papa.

También se burlaba de otras supersticiones familiares. Cuando en el departamento del Chiche desaparecía algún objeto, o alguien tenía dificultad para encontrar alguna cosa que hubiera dejado en un lugar muy específico, se decía que la culpa era del *munaciello*, un espíritu doméstico napolitano que, al parecer, había seguido a la familia desde Sorrento hasta Mar del Plata. La figura tradicional del munaciello era la de un monje de baja estatura, vestido con el hábito de la orden de los dominicos. El espíritu podía ser benéfico o maligno, dependiendo de su humor, y

nunca había que revelar su presencia, porque hacerlo traía miseria. El munaciello era el responsable de que alguien se enfermara, perdiera dinero o le aumentaran los impuestos.

A la hora en que el restaurante iba quedando desierto después del cierre, y las empleadas terminaban de vestirse para irse a casa, el Chiche tocaba las paredes y saludaba en napolitano al munaciello, en caso de que estuviera dando vueltas, para tenerlo contento. Cuando encontraba una moneda inesperada en el bolsillo del pantalón decía: «¡O *munaciello!*!». A veces contaba que un ruido lo había despertado en medio de la noche y decía: «¡Estuve a punto de verlo... era el munaciello!». Para la familia era un motivo de ansiedad el hecho de que el munaciello fuera alternadamente favorable y dañino; no había que hacerlo enojar pero tampoco se sabía con certeza qué cosas lo pondrían de mal humor. El munaciello era un espíritu menor, doméstico. No era el demonio ni tampoco una manifestación angélica, dos cosas que en el fondo se parecían mucho, porque presenciar cualquiera de ellas habría sido una cosa terrible. Pepé opinaba que la figura del munaciello era un invento que servía nada más que para asustar a las empleadas de la trattoria y que no se robaran insumos de la despensa.

—No es un invento —decía el Chiche—, es una tradición napolitana.

—Como la ignorancia —decía Pepé.

Al Chiche le importaba la vida después de la muerte y otras cuestiones del espíritu y solía preguntarse cómo serían el paraíso y el infierno. Cuando su amigo el padre Adelfi, que también era catrosho, se aparecía por el restaurante, le preguntaba:

—¿Hay catroshos en el cielo?

—Por supuesto —respondía Adelfi—. Dios nos ama a todos por igual. Pero una cosa es ser catrosho y otra es practicarlo.

Cuando Pepé comía en la trattoria y coincidía con el padre Adelfi, los tres tenían largas charlas sobre teología y religión. Pepé era ateo pero había sido criado católico.

—Ya descubrí qué soy —dijo una vez, mientras esperaban que llegara la comida—. Soy gnóstico cántaro. Creo, como ellos, que el mundo y la Iglesia católica son creación de Satanás y que el ascetismo es el único camino de salvación.

El padre Adelfi se rio.

—Es verdad —dijo Pepé—, en las herejías está el verdadero mensaje de Cristo.

El Chiche estuvo de acuerdo, un poco para molestar a Adelfi, y de vez en cuando, comiendo con sus sobrinos, les preguntaba:

—¿Te acordás cuando éramos gnósticos cántaros?

Y hacía una señal de la cruz sobre la cabeza del sobrino que tuviera enfrente, diciéndole: «Yo te bendigo».

Era cierto que Pepé vivía una vida austera y ascética. Trabajaba todo el día en su laboratorio entregado a sus investigaciones científicas, no tenía nadie a quien mantener y muy pocos gastos fijos. Solo gastaba cuando iba de viaje con el Chiche a Europa, pero en esos viajes no se compraba nada. A pesar de su rechazo por el consumo excesivo y el lujo, acompañaba a su amigo a hacer compras en los lugares más extravagantes de Italia, como la famosa casa de porcelanas Richard Ginori. Los locales de esa marca tenían paredes oscuras y estaban completamente bañados en una luz cálida que salía de focos ocultos detrás de los muebles y decorados con

mullidas banquetas y cortinas espesas. En ellos se exhibían piezas finísimas en grandes mesas de madera. En esa tienda el Chiche se compraba un juego entero de vajilla cada vez que viajaba, y elegía siempre algún platito nuevo, no de los más caros, para las paredes de la trattoria. Todos los sobrinos y amigos del Chiche habían recibido alguna vez en la vida un regalo de porcelana Richard Ginori, que en la familia era considerada la fineza absoluta. Muchos de ellos, que no habían viajado a Italia, suponían que allá todas las familias comían en vajilla Richard Ginori, y las mujeres se divertían imaginando los diferentes motivos y colores que tendrían esos juegos de platos en las mesas italianas. Los que recibían de regalo un paquete con el envoltorio de Richard Ginori podían estar seguros de que ocupaban un lugar alto en la estima del Chiche y, aunque no les importara la porcelana ni los objetos decorativos, ubicaban la pieza en un lugar central del hogar. Al padre Adelfi el Chiche le había traído una vez de regalo una azucarera de borde dorado, con una imagen pastoral de dos jóvenes y una oveja en un prado. Adelfi había quedado encantado, y dijo que era demasiado hermosa para azucarera. En vez de tenerla en casa la había llevado a la sacristía, donde la usaba para guardar las hostias sin consagrar.

Como a la trattoria le iba tan bien y el salón se llenaba noche tras noche de clientes desesperados por probar los famosos sorrentinos, Carmela tuvo la idea de replicar el éxito familiar y abrir su propio restaurante. Por lo bajo, y cuando el Chiche no la oía, decía que, al fin y al cabo, Umberto era hermano de los dos y que a ella los sorrentinos le salían mucho mejor que al Chiche.

Un día, mientras la familia comía en la trattoria, Carmela le dijo a su hermano como al pasar que estaba pensando en servir sorrentinos en el menú del hotel que administraba con su marido. El Chiche tomaba la sopa y no dijo ni sí ni no, pero bajó la comisura de los labios y arrugó la nariz en señal de disgusto.

Unas semanas después, llegó a la trattoria el rumor de que los sorrentinos del Hotel Güemes estaban resultando ser todo un éxito entre los clientes y el Chiche tuvo un ataque de furia, que estalló con la excusa de una salsa agria. Era mediodía, el local estaba lleno y una moza se acercó para transmitirle la queja de un cliente sobre uno de los platos. La salsa de los sorrentinos estaba agria y la pareja de la mesa veintidós quería devolver la comida. Él se acercó a la mesa, se disculpó con los clientes y entró como un loco en la cocina. Mientras le gritaba a Facha Fariña, sacó dos platos del estante de la vajilla y los estrelló contra el piso, ante la mirada fascinada de todos los comensales, que solían ubicarse en sus mesas de modo de poder ver lo que sucedía detrás de las mesadas. Pocos elegían sentarse mirando hacia la puerta, porque el verdadero espectáculo siempre estaba del lado de adentro.

Las noticias de ese ataque de furia no llegaron a oídos de Carmela. Entusiasmada como estaba con su nuevo proyecto, ella empezó a visitar cada vez menos la trattoria y a pasar cada vez más tiempo experimentando con recetas en la cocina del Hotel Güemes. El clima entre los dos hermanos se tensó, aunque ninguno de ellos dijo nada, porque no querían enemistarse ni mostrar que había grietas en la familia. Pero, aunque no lo expresara, el Chiche consideraba que tenía exclusividad sobre los sorrentinos; sentía que estaban ligados a su nombre y a su restaurante, y que decir sorrentinos era lo mismo que decir Trattoria Napolitana.

Como los sorrentinos se volvían populares entre los clientes del hotel, Carmela le empezó a insistir a su marido para que abrieran su propio local. Elvio al principio se negó. Ya había pasado la edad en la que podía intentar nuevas empresas sin fatiga y él, que nunca sacaba ventaja de nadie, sentía que abrir un nuevo restaurante en el que sirvieran sorrentinos sería una traición.

—No podemos hacerle eso a tu hermano —decía.

Pero ella estaba empeñada y volvía día y noche sobre lo mismo:

—Entonces no me querés, no querés a los chicos —decía y se ponía a llorar—. Con el hotel

no alcanza... ¡Los sorrentinos son de la familia!

Elvio no respondía, y seguía fumando en silencio.

Carmela insistió durante meses enteros. Tanto insistió que, finalmente, a pesar de estar muy turbado por sus contradicciones, Elvio compró un local para darle el gusto y abrió un restaurante al que llamaron Don Casimiro. Cuando el Chiche se enteró del nombre exclamó «¡Boh!» y no ofreció su ayuda ni los contactos de sus proveedores.

Virginia, que seguía yendo a comer a la trattoria porque no quería enemistarse con el Chiche, contó una noche, durante la sobremesa, algunos de los proyectos que tenían sus padres para Don Casimiro. Elvio pensó que sería buena idea incorporar al menú algún plato típico de su región piamontesa, pero Carmela se había negado rotundamente diciendo que ella no sabía cocinar papocchia con manteca y anchoas.

El Chiche, que hasta ese momento no había hecho ningún comentario, dijo de pronto, con un dejo de maldad, mientras tomaba la sopa:

—El invierno en Mar del Plata es muy duro para un restaurante.

Los planes de Carmela y Elvio para su flamante local eran muy ambiciosos. Elvio estaba en contra de la decoración excesiva de la trattoria original, porque decía que distraía a los clientes de lo verdaderamente importante, que era disfrutar de la calidad de la comida. Por eso las paredes del nuevo restaurante eran despejadas y no tenían cuadros, adornos, ni platos conmemorativos de ninguna fiesta. Don Casimiro se perfilaba como un establecimiento lujoso, y los camareros irían vestidos con casacas negras y camisas blancas. Para administrarlo, Elvio puso a su hijo Manuel, que andaba ya cerca de los treinta años y quería hacerse cargo de un negocio propio.

Carmela se aseguró de contactar a Rivetta para que la panera rebosara de panes y galletas de todos los tamaños, porque no quería quedarse atrás de la trattoria en ningún aspecto.

Lo más provocador de Don Casimiro era que, a pedido de ella y por el mismo precio, la porción de sorrentinos no incluiría seis sino ocho unidades: dos más que en el restaurante de su hermano.

Hasta ese momento nadie había querido alimentar una rivalidad y la familia no se veía obligada a tomar partido por ninguno de los dos. Pero cuando supieron lo de los ocho sorrentinos y la nueva estrategia comercial de Carmela, todos se inquietaron: no cabía duda de que así era como comenzaba una guerra.

Finalmente, llegó el día de la apertura de Don Casimiro y Carmela y Elvio organizaron una gran fiesta a la que asistieron algunas de las personalidades más destacadas de la ciudad. Uniendo todas las mesas del local armaron un bufet donde los mozos de casaca negra depositaban enormes bandejas de antipastos, fiambres y panes de todo tipo.

Esa mañana, antes de la inauguración oficial, a Virginia la enviaron a hablar con el Chiche para invitarlo especialmente. Cuando llegó a la trattoria, el movimiento era el habitual y la cocina funcionaba como cualquier otro día, pero el Chiche no estaba por ningún lado. Virginia se acercó a Adela, que secaba unas copas, y le preguntó por él.

—El tío se siente mal, no bajó a trabajar —le respondió la mujer.

—Entonces subo a ver cómo está.

—No, dice el tío que no quiere que lo molesten. Comió algo que le hizo mal.

Virginia se fue, ligeramente ofendida, porque adivinaba el verdadero motivo de la reclusión del Chiche.

Ese día se abrieron formalmente las puertas de Don Casimiro por primera vez y se repartieron copas de *champagne* y confites blancos de almendras para la buena suerte. Carmela y Elvio brindaron y saludaron a familiares y amigos. Todo el mundo estaba tan embelesado con el nuevo lugar que nadie notó que, en la vereda de enfrente, atrás de un árbol, alguien se asomaba para observarlos. Era el Chiche que, como había hecho en el casamiento de Virginia, presencié la inauguración escondido al otro lado de la calle, inquieto ante la presencia de tanta gente y ofendido cada vez que reconocía entre la multitud festiva a un cliente habitual de su propio restaurante.

—¡Boh, qué espaconeada! —dijo, antes de escabullirse entre la gente para volver a la trattoria.

Las primeras semanas de Don Casimiro fueron un éxito rotundo: los clientes se amontonaban en la entrada para pedir una mesa y algunos llegaban a hacer fila afuera para conseguir lugar. Cuando se sentaban y pedían los sorrentinos, muchos de ellos, que también eran clientes del Chiche y querían quedar bien con los dos hermanos, al probarlos decían, en voz bien alta:

—¡Igualitos a los de Chiche Vespolini! Se nota que es de familia.

A Carmela la disgustaba oír esto porque consideraba que sus sorrentinos eran mejores que los de su hermano, y entonces agregaba:

—Pero acá servimos ocho.

Unos meses después de la inauguración llegó el verano, la época en que los restaurantes de Mar del Plata colapsan. Don Casimiro, naturalmente, también estalló de gente y durante esas noches Manuel, que se veía sobrepasado, llamaba a su hermana Virginia, que estaba en casa a punto de irse a dormir, y le gritaba al teléfono:

—¡Se me llenó! ¡Se me llenó!

Virginia se vestía, cambiaba a sus hijos semidormidos y salía con ellos a tomar un taxi para ayudar a Manuel a ordenar a los clientes que hacían fila o controlar las comandas.

Después, cuando Virginia visitaba al Chiche en la trattoria original, se quejaba de su hermano y de lo mal que administraba los recursos y al personal. El Chiche no decía nada pero fruncía la nariz y bajaba la comisura de los labios, porque no sentía mucha simpatía por Manuel. Quería saberlo todo sobre el funcionamiento del local, pero no preguntaba por temor a parecer envidioso o demasiado interesado.

Lo cierto es que Don Casimiro estaba en una zona difícil de la ciudad, en una avenida que transitaban los autos que tomaban la ruta y lejos del centro urbano donde la gente se movía a pie.

Con el correr de las semanas, la clientela empezó a menguar. Cuando entraba alguna familia al local semivacío, se notaba que los ponía nerviosos la idea de estar comiendo solos en medio de ese salón tan grande, bajo la mirada atenta del personal y de los dueños, y pedían la cuenta enseguida, no bien terminaban de comer. No hacían sobremesa ni se quedaban charlando como los clientes en la trattoria, reconfortados por el murmullo y la acumulación de personas y objetos donde posar la vista. A veces el restaurante abría temprano para el turno del mediodía y permanecía vacío durante horas, con los mozos y las cocineras parados en fila, mirando hacia la

puerta. La gente que pasaba y miraba hacia adentro se sentía intimidada por todo ese personal ocioso que esperaba y seguían de largo. En esas ocasiones, Carmela retaba a los empleados y les decía:

—¡No miren para afuera! ¡No espanten a los clientes!

Carmela ideó una estrategia comercial que consistía en poner a su hijo menor, de doce años, y a su nieta mayor, de ocho, a comer en alguna de las mesas de adelante, para que la gente en la calle pensara que había movimiento y se animara a entrar. Los dos chicos comían con entusiasmo todos los platos que les traían a la mesa: antipasto con quesos, matambre y aceitunas, *mozzarella in carrozza*, porciones de sorrentinos y postres de helado tricolor con la jarrita metálica de chocolate caliente al costado.

Virginia, que seguía yendo cada tanto a comer a la trattoria original, le contaba esos planes comerciales al Chiche, pero él se reía con sorna: los encontraba ridículos.

—Dos chicos comiendo solos frente a la puerta... ¡Boh!

Entonces Virginia y él discutían, porque ella quería que el restaurante de sus padres tuviera éxito y le reprochaba al Chiche que si él se hubiera decidido a abrir sucursales de la trattoria, quizás nada de eso estaría pasando.

—Si no fueras tan testarudo —le decía—, estaríamos todos llenos de plata. ¡Una sucursal en Buenos Aires! ¡Eso es lo que había que hacer!

A su mueca habitual él agregaba el gesto de entrecerrar los ojos y levantar una ceja, señal de que eso que escuchaba lo irritaba más de lo normal. Buenos Aires le parecía una ciudad sucia, enloquecida y de chinasos.

En una ocasión, durante esa época, Carmela fue con la señora de Baldi a visitar a una vieja modista napolitana con el fin de hacerle algunas reformas a un tapado de astracán que usaría en el otoño. Esa modista había nacido en Cumas, cerca de Nápoles. Había llegado a Mar del Plata de muy joven y vivido toda su vida en una pobreza casi absoluta. Sus únicos bienes materiales eran la enorme casa derruida en la que vivía y trabajaba, en la calle La Rioja, y la máquina de coser que había recibido de la Fundación Eva Perón. Nadie entendía cómo no había vendido esa casa para comprarse algo más pequeño y usar el sobrante para vivir un poco mejor. Durante el invierno, cuando el Hotel Güemes estaba vacío, la modista se instalaba en una de las habitaciones con su máquina de coser y le confeccionaba a Carmela todo el guardarropa para la estación siguiente. Su aspecto era escuálido y frágil. Siempre que Carmela y la señora de Baldi iban a su casa a probarse un vestido, o a modificar una blusa, la modista les ofrecía una taza de té. Cuando sacaba el saquito de la tetera cascada, en lugar de tirarlo lo depositaba en un plato con varios otros saquitos usados y secos. Eso a Carmela la horrorizaba, e imaginaba a la modista por la noche, reemplazando la cena por una taza de té aguado, preparado con esos saquitos consumidos: la imagen viva de la mishadura. Muchas veces le había llevado de regalo frascos de conservas y grandes pedazos de queso de la despensa del restaurante, y al dárselos le decía:

—Le traje unas cositas para el antipasto.

Y trataba de hacer de cuenta que no tenía importancia, para que la mujer no sintiera vergüenza de su pobreza.

Se decía que esa modista tenía fama de vidente y Carmela quería aprovechar la visita para

consultarla sobre la suerte del negocio y pedirle consejo sobre qué hacer para atraer más clientes y tener más éxito que la trattoria de su hermano.

La mujer las recibió con amabilidad y las hizo sentar en dos sillones desvencijados mientras buscaba el centímetro y la tiza. En la habitación de empapelado amarillo, un único rayo de sol hacía bailar las motas de polvo que atravesaban el aire. Cuando la modista volvió, Carmela le preguntó lo que quería saber: cuál sería el destino de su restaurante Don Casimiro.

—Señora, en su futuro veo fortuna —le dijo la mujer— y esa fortuna va a estar en un lugar que usted no se imagina.

Carmela juntó las manos, como cuando veía un pájaro posado en una rama cercana y le preguntaba «para cuándo la riqueza», y quedó tan encantada con la predicción que olvidó preguntarle cualquier otra cosa. Las preocupaciones que la acompañaban desde hacía varios meses se disiparon como el vapor del té. Le pidió que pasaran al tapado y le contó cómo quería acampanar las mangas y modificar el cuello, y así se pasó la tarde.

Cuando las mujeres se despidieron, Carmela se adelantó por el sendero que cruzaba el jardín y la modista le dijo en voz baja a la señora de Baldi:

—Pobre señora. No sabe que su marido se está por morir.

Llegó entonces el final del verano, la época en la que Mar del Plata se iba vaciando lentamente y las playas se convertían en arenales desiertos. Los clientes que habían ocupado las mesas de Don Casimiro durante las vacaciones también empezaron poco a poco a desaparecer, y Carmela y Elvio tuvieron que despedir a dos de los mozos y a una cocinera. Los meses que tenían por delante hasta la próxima temporada se alzaban amenazantes como colosos de roca, y empezó a ser evidente para todos que Don Casimiro había sido un proyecto faraónico que no iba a ningún lado. Pero Carmela quería perseverar; le molestaba pensar que sus propios sorrentinos, según ella superiores en todo a los de la trattoria, no lograran atraer a la misma cantidad de clientes. Los insumos se estropeaban en las despensas: la *mozzarella* se hinchaba y su sabor se volvía penetrante; el pan se endurecía y era tal la cantidad de hogazas duras como piedras, que las cocineras no daban abasto para convertirlo en budín o en pan rallado y terminaban tirándolo sin más. Cuando no quedaba más remedio, Carmela le daba un beso a cada flauta y a cada bollo antes de tirarlos, con expresión de tragedia. Los vegetales se arrugaban como los dedos de los bañistas que pasan mucho tiempo en el mar; la crema y la leche se cortaban, y entonces Carmela preparaba scones para su familia, pero se veía obligada a tirar la mayor parte de los lácteos y los huevos y todo eso la mortificaba. Las cuentas de los proveedores se apilaban sin descanso, y Elvio no hacía más que fumar un cigarrillo tras otro, en absoluto silencio. Carmela se retorció las manos y se lamentaba. No se explicaba esa falta de éxito y le decía a su marido que tenían que invertir más, agrandar la panera, incluir nueve sorrentinos en la porción.

Elvio no respondía, y estaba cada vez más serio y taciturno.

—¿Le pasará algo a papá? —le preguntó un día Virginia a su mamá.

—¡Pero no! —le respondió Carmela—. Es esta época del año, ya se le va a pasar.

Siempre que terminaba la temporada, a Elvio lo poseía una gran tristeza. Le pasaba en ese momento en que los turistas abandonaban el hotel por completo, los días se acortaban y las empleadas daban vuelta los colchones y ponían sábanas blancas sobre los muebles hasta el verano

siguiente. El invierno no era tan malo porque quedarse en casa era agradable, el mundo se achicaba y Carmela cocinaba platos abundantes mientras la ciudad se iba volviendo gris y desierta. Pero abril era para él el mes más oscuro del año, como un larguísimo atardecer de domingo. Todas las preocupaciones que en cualquier otro momento eran eventos manejables, en esa fecha se volvían monstruos descontrolados, desde una pequeña deuda hasta el peso innombrable de la responsabilidad paterna. Ese año, además, el fracaso del nuevo restaurante se había sumado al cúmulo de inquietudes habituales.

Un día de abril, después del turno del mediodía, Elvio escribió una carta para el marido de su hija Virginia pidiéndole que se ocupara de su familia, se encerró en una de las habitaciones del hotel desierto y se pegó un tiro en la sien.

La noticia de la muerte de Elvio llegó enseguida a la trattoria y fue recibida como era de esperarse: con estupor y grandes gestos de llanto y dolor. El Chiche cerró el restaurante por duelo y, a pesar de la impresión que le producía cualquier evento relacionado con la muerte, se acercó a la casa de su hermana, a la que no veía desde hacía muchos meses. Ella lo recibió con los brazos abiertos y la cara hinchada del llanto.

—Quiero morirme —le dijo—. Quiero morirme yo también —repitió y se cubrió los ojos con el brazo—. ¿Por qué me dejó?

Nadie entendía qué había pasado y Carmela, desesperada, responsabilizó de la muerte de su marido a las deudas, a los clientes marplatenses, a sus hijos, al otoño, a todos los que habían apoyado la apertura de Don Casimiro, a sus contadores, proveedores, acreedores y empleados, al Estado por las habitaciones destinadas al turismo social, al frío de Mar del Plata y a sus padres, por haberse instalado en una ciudad hotelera. Con los años, la familia había llegado a acostumbrarse a la tristeza estacional de Elvio y ese año en particular, preocupados como estaban por el destino del restaurante, nadie notó que su aflicción y su carácter se volvían cada vez más impenetrables, como si su alma estuviera encerrada en una caja muy pequeña.

Cuando lo fueron a enterrar, Carmela descubrió que el nicho que le había tocado a su marido en el cementerio de La Loma estaba junto al de una mujer desconocida, y eso la enloqueció de celos. Lloró por Elvio todos los días, hasta su propia muerte, que ocurrió mucho tiempo después.

—Si Elvio viviera —dijo durante años—, yo lo cuidaría, ¡lo cuidaría!

Y cuando decía esto, sus hijos revoleaban los ojos, porque no imaginaban que alguien pudiera cuidar más de otra persona de lo que ella lo había cuidado a él.

Después del suicidio, la familia de Carmela quedó devastada y entre los juicios que casi todos los empleados le hicieron a la viuda y los honorarios de los abogados, tanto el restaurante como el Hotel Güemes terminaron cerrando y los dos locales se pusieron en venta. Los nuevos dueños tapiaron la puerta que conectaba la casa familiar con la antigua recepción del hotel y, a partir de ese momento, la casa, mucho más chica que antes, tuvo una puerta cerrada que no conducía a ningún lado. El hotel se convirtió en geriátrico, y más tarde en supermercado y en consultorio médico. Ese cambio era perceptible solamente desde la calle, porque cuando la familia se juntaba a comer o a festejar algún cumpleaños, desde el interior de la casa todos imaginaban que del otro lado de la puerta cerrada seguía existiendo el Hotel Güemes.

Unos meses después de la muerte de Elvio, la señora de Baldi fue a comer a la trattoria con su marido y le contó al Chiche la predicción que había escuchado en casa de la modista. El matrimonio estaba muy turbado por la muerte de su amigo, y como la tristeza de Carmela era tan grande y ellos no sabían cómo consolarla, habían dejado poco a poco de ir a visitarla. Ese alejamiento los afligía, pero, al igual que Elvio, eran torpes en las relaciones sociales y odiaban los cambios abruptos que los obligaban a comportarse de maneras totalmente nuevas.

—No sé cómo pudo saberlo —dijo la señora de Baldi, recordando a la modista—. Me da escalofríos. También le dijo a Carmela que tendría una gran fortuna. Si lo malo se cumplió, lo bueno también tendrá que pasar, ¿no cree, don Chiche?

El Chiche quedó muy impresionado con esa predicción. Estaba triste por su hermana y preocupado por la montaña de deudas que su marido le había dejado como herencia. La guerra entre ellos había sido muy breve, poco más de una temporada, y la victoria de la trattoria había sido repentina y amarga. Las palabras de la adivina, sin embargo, lo ilusionaron con un futuro de prosperidad para su hermana y entonces le encargó a una de sus empleadas que llevara, tres veces por semana, una ofrenda de comida a casa de la modista.

La mujer, que vivía con lo mínimo, se sorprendió cuando vio por primera vez a la empleada de la trattoria parada al otro lado del jardín, sosteniendo una enorme fuente plateada que solo podía significar una cosa: sorrentinos. Aceptó la atención con elegancia y sin hacer preguntas.

—¡Qué mishadura! —decía el Chiche cuando la empleada volvía y contaba que la modista no prendía la luz para ahorrar electricidad, y que en el jardín había una soga de la que colgaban sábanas tan gastadas que eran casi transparentes.

El gesto de generosidad no duró mucho, porque la mujer vivió muy poco tiempo más. Cuando murió, antes del año, su casa pasó a remate municipal y fue demolida para construir una tienda de artículos deportivos.

—La profecía vale igual —decía el Chiche, y agregaba, cuando Carmela no estaba presente, que esa modista había sido la última sibila auténtica de un linaje antiquísimo. Mencionaba una leyenda que decía que cada mil años de sibilas mediocres aparecía una extraordinaria, con las verdaderas dotes de la adivinación.

—Como la sibila que le vendió al rey Tarquino los libros de las profecías de Roma —decía, y preguntaba, buscando la mirada de un sobrino—: ¿Te acordás?

Y era una de esas preguntas que no buscaban evocar un conocimiento histórico en común, sino el recuerdo verdadero de haber estado ahí, en Roma, en la corte del rey Tarquino, o en el ejército de Julio César conquistando la Galia, o en los banquetes del imperio.

El sobrino siempre respondía que sí, que se acordaba.

Cuando la situación de Carmela se volvía angustiante, y no le alcanzaba para pagar las cuentas o las facturas de los abogados, el Chiche le prestaba plata, y decía, cuando ella no podía escucharlo:

—Ya le llegará la fortuna. ¡Lo dijo la sibila! Era una de las verdaderas, como la del rey Tarquino.

Después de la muerte de Elvio, la familia entera volvió a reunirse en la trattoria del Chiche, que los recibía día y noche, aunque el lugar estuviera lleno. Siempre había una mesa reservada para la familia, con vista privilegiada de la cocina.

Virginia, que ya tenía sus propios hijos, se lamentaba en la mesa de no haber heredado los ojos celestes de su padre piamontés. Después de la muerte de Elvio, y durante muchos años, adquirió la costumbre de hacerlo responsable de muchos de sus propios fracasos. Decía que no la había dejado estudiar y que la había obligado a casarse, cuando lo que ella realmente había querido era ser detective o actriz de cine, y entrar por la alfombra roja del festival de Mar del Plata del brazo de Errol Flynn.

—Si yo hubiese tenido ojos celestes —decía—, habría triunfado en la vida.

Como había crecido en la época de mayor prosperidad económica de su familia, estaba acostumbrada a toda clase de atenciones y no toleraba la idea de vivir sin servicio doméstico. Tenía una empleada que limpiaba la casa tres veces por semana y se llamaba Ida. Después de la muerte de su padre, cuando toda la familia tuvo que hacerse cargo de las deudas de Don Casimiro, su marido, el mendocino, le sugirió que no podían seguir pagándole a Ida y que tendrían que despedirla. Al escuchar esto, Virginia armó un escándalo:

—¡De ninguna manera! —dijo. Y amenazó a su marido con volverse empleada doméstica ella también en alguna casa ajena con tal de mantener a su propia empleada doméstica trabajando para ella.

—¡Los mendocinos son miserables! —gritaba, cada vez que su marido volvía a sacar el tema de despedir a la empleada.

—No todos —decía el Chiche, y trataba de pensar en personajes célebres de Mendoza para llevarle la contra, pero no se le ocurría ninguno.

Manuel, el hermano mayor de Virginia que había administrado Don Casimiro, tampoco había estudiado una carrera ni tenía profesión porque había confiado en hacerse cargo algún día de los negocios familiares. Antes de la apertura del restaurante, sus días habían consistido en salir con sus amigos, dar órdenes a los empleados del padre e ir al casino. Después del cierre, y a pesar de sentirse responsable por el fracaso comercial, retomó esas actividades para estar más tiempo fuera de casa.

Cuando se hizo evidente que no había quedado nada de la pequeña fortuna de Elvio, Manuel tuvo que salir a trabajar y se hizo viajante de comercio. Vendió productos de limpieza y seguros de vida en pueblos semidesiertos del sur de la provincia de Buenos Aires y fue representante de

una empresa que hacía levadura y empezaba a comercializar las primeras medialunas congeladas. Poco antes de la muerte de su padre, se había casado con su novia Margarita, la que era un poco sciaquada y que ahora estaba esperando un bebé. Con su mujer embarazada y todas las deudas de Elvio sobre los hombros, Manuel a veces tenía que pedir dinero prestado, y llegó un momento en que había agotado todas las posibilidades dentro de la familia. Un día, después de comer, el Chiche lo encontró hablando con Adela cerca de la máquina de cortar el queso.

—Adela, ¿andás catrosheando con mi sobrino? —le preguntó el Chiche.

—No, tío —respondió ella.

Manuel acababa de pedirle prestados cinco mil pesos.

Un día Manuel tuvo un accidente mientras manejaba por la calle Alvear. Salió andando a toda velocidad y se llevó puesto un camión que venía bajando por Alberti. Su auto volcó y él quedó atrapado cabeza abajo, sin poder moverse. En ese estado de semiconciencia pensó que se había largado a llover, pero no: era la nafta que empezaba a caer desde el tanque agujereado sobre sus pies. La casualidad quiso que Pepé justo pasara por ahí. Al ver el accidente se bajó enseguida del auto y logró arrastrar a Manuel hasta la vereda. Este estaba completamente empapado pero tuvo la suerte de que no lo alcanzara ninguna chispa. Después de ese incidente, Carmela quiso todavía más a Pepé, aunque le parecía un desperdicio que un hombre tan inteligente y bueno como él fuera al mismo tiempo tan solitario y tan catroso.

—Los bioquímicos se dan a la bebida —solía decir cuando hablaba de él.

En otra ocasión, Manuel cayó enfermo con una extraña infección en la sangre que ningún médico podía identificar. De pronto le salían ronchas por todo el cuerpo que le ardían y lo torturaban, y al rato desaparecían sin dejar rastro. Se pasaba las horas en la cama de la clínica, lamentándose por todas las cosas que no había podido hacer, y estaba cada día más débil y más flaco. Se tiraba del pelo y maldecía a su padre por haberlos dejado casi en la ruina. A veces, cuando estaba muy molesto porque los médicos no le daban solución, gritaba amenazante:

—¡Voy a terminar como papá!

Y Carmela, al escucharlo, se abanicaba y se ponía a llorar.

El Chiche, que alguna vez fue a visitarlo al hospital y lo escuchó lamentarse, le dijo con desdén:

—Tu papá era del Norte, pero vos tenés sangre del Sur. Los napolitanos no se suicidan.

Después de varios meses de internación, una tarde los médicos reunieron a la familia y les dijeron que tenían que despedirse de Manuel porque no podían encontrar qué tenía y su cuerpo se deterioraba con cada brote de la infección.

—¿No hay nada que podamos hacer? —preguntó Carmela a los médicos.

—Y... no —dijeron ellos—. Solo hay una persona que podría saber qué tiene su hijo. Es el experto más grande en infecciones de la Argentina, pero ni siquiera sabemos si está en el país.

—¿Quién es? —preguntó Carmela.

—El doctor Pasquale —dijeron los médicos con resignación—, pero es muy difícil de ubicar, podría estar en Europa o en Estados Unidos.

—¡Pepé! —gritó Carmela—. ¡El doctor Pasquale es Pepé!

—¿Lo conocen? —dijeron los médicos, asombrados.

—¡Pero claro! —dijo Carmela—. Es amigo de la familia... ¡Y ahora mismo está en la clase de la Dante!

Toda la familia sabía, por las charlas de sobremesa, que en ese momento Pepé estaba tomando clases de italiano. Tenía planeado un nuevo viaje a Italia con el Chiche y no quería quedar en ridículo como la vez que había pronunciado mal los nombres de las estaciones del subte de Roma y el Chiche lo había tratado de catrosho ignorante.

Carmela corrió hasta el edificio de la Dante Alighieri de la calle Bolívar e irrumpió en la clase con lágrimas en los ojos.

—¡Sálvelo, Pepé! ¡Sálvelo! —gritó, enfrente de todos los alumnos.

Y Pepé, que en ese momento repetía los verbos irregulares de la tercera conjugación, se levantó de su banco, la abrazó y le dijo:

—Lo salvo, Carmela, lo salvo.

De modo que Pepé salvó a Manuel una vez más. Se dio cuenta de que la bacteria que otros bioquímicos daban por muerta a los dos días revivía misteriosamente al tercero.

—¡Cómo un Jesús microscópico! —dijo Carmela.

Gracias a ese descubrimiento, Pepé logró encontrar el antibiótico correcto. Los médicos del hospital hacían un gesto de aprobación ante cada cosa que decía el doctor Pasquale, pusieron en práctica sus recomendaciones enseguida y así Manuel empezó a recuperarse. Al poco tiempo se sintió mejor y habían desaparecido las ronchas que tenía en el cuerpo. Estaba de buen humor y ya no se tiraba del pelo, pero le disgustaba que el responsable de salvarlo hubiera sido otra vez Pepé, y lo incomodaba pensar que le debía la vida a un catrosho. Carmela, que estaba aliviada y contenta de tener a su hijo fuera de peligro, iba a visitarlo a la clínica y le decía que había que agradecerle a Pepé, organizar una gran comida en su honor, prepararle *struffoli* y otras delicadezas napolitanas que a él le gustaban.

Cuando Manuel estuvo del todo recuperado y volvió a cruzarse con Pepé en la trattoria, la familia esperaba secretamente que hubiera grandes efusiones de agradecimiento, pero nada de eso sucedió.

—Bienvenido, Manuel —dijo el Chiche—. Sentate al lado del doctor Pasquale.

Manuel ya no pudo poner mala cara si le tocaba la silla al lado de Pepé. Ese gesto fue un gran esfuerzo de la voluntad para él, porque los catroshos no le caían simpáticos. Salvo el Chiche, pero él era de la familia.

Carmela, que había quedado viuda con un hijo menor de edad y muchas deudas que pagar, empezó a decir en las reuniones en la trattoria que estaba buscando trabajo. En un principio nadie se lo tomó en serio, porque Carmela nunca había trabajado fuera de su propio hotel y restaurante, y siempre que se le presentaba una tarea o un enunciado difícil, decía: «A mí no me pregunten, que no terminé el secundario».

Desde la muerte de Electra, que había supervisado varias de las tareas más importantes en la cocina, el Chiche encontraba que la salsa de los sorrentinos nunca había vuelto a tener el mismo gusto. La salsa no era una cosa menor: debía ser el acompañamiento perfecto para la pasta, el punto justo entre sutileza y sabor.

—La salsa es como la música de una película —decía el Chiche—. Cuando es buena, la experiencia es superior.

Solo las mujeres de la familia sabían hacer salsas que estuvieran a la altura de los sorrentinos.

Entonces le preguntó a Carmela si no quería hacerse cargo de ese trabajo, ayudarlo a poner las cosas en orden, devolverle el esplendor a la pasta familiar. Pero ella, que era orgullosa, dijo que no. Sin embargo, tenía que pagar las cuentas y los honorarios de los abogados y las deudas que había dejado Elvio seguían acumulándose. Así fue como, tras rechazar el ofrecimiento del Chiche, cayó en uno de los peores trabajos posibles: el local de comidas de la prima Dorita, la que hablaba con la *zeta*.

En la familia, Dorita era famosa por ser considerada «muy boluda». En una época en que pasaba penurias económicas, iba todas las noches a comer a la trattoria. El Chiche se molestaba si no tenía otra compañía más que ella; decía que su conversación era pobre y que solo sabía hablar de temas inmediatos que la tuvieran como protagonista: su salud, su casa, sus vecinos; en fin, sus cosas. No sabía hablar de cine, de libros, de historia o religión, de ninguno de los temas que le interesaban al Chiche. Cuando se iba de la trattoria y algún sobrino se burlaba de ella, el Chiche decía, resignado:

—¡Boh! No se rían de la prima Dorita. No es vanidosa, le falta pensamiento abstracto.

Unos años atrás habían llegado al país los primeros televisores a color y Dorita se apareció en la trattoria contando que quería averiguar cómo hacer para comprarse uno. El Chiche entonces le dijo:

—¡No hace falta que te lo compres! El televisor común se va a ir convirtiendo de a poco en

televisor color, ¿no sabías? El mío ya se convirtió.

—¿En *zerio*, Chiche?

—Claro —dijo él—, vos miralo fijo y vas a ver cómo van apareciendo de a poco los colores.

Después de eso, durante varias semanas y hasta que descubrió el engaño, ella se sentaba a la mesa familiar y, con gesto confundido, decía:

—Chiche, a vos te *pareze*, yo miro y miro la pantalla, pero no está *funzionando* lo del color...

—Es que vos sos impaciente —le respondía él.

Y los sobrinos que comían con ellos en la mesa se miraban entre sí y se atragantaban de tanto contener la risa.

En otra ocasión, el Chiche le hizo creer a Dorita que la novia de uno de sus sobrinos era millonaria. Dorita, que solo contaba con un departamento y necesitaba una pensión, se acercó un día al sobrino y a la novia mientras comían en la trattoria y les propuso venderles el departamento con la condición de que ella pudiera seguir viviendo ahí hasta su muerte.

—Ze llama *uzufructo* —les dijo—. Lo *haze* todo el mundo.

El sobrino y la novia quedaron muy sorprendidos por la propuesta, porque ellos también eran inquilinos y no tenían manera de comprar un departamento. El Chiche escuchó el intercambio desde su lugar en la mesa y se divirtió enormemente. Cada tanto, cuando ese sobrino y su novia iban a comer a la trattoria, él les preguntaba, imitando a la tía Dorita:

—¿Qué *novedadez* hay del *uzufructo*?

La madre de Dorita era la tía Julia, una hermana de la madre del Chiche, que de joven había sido muy hermosa. La tía Julia era viuda y simpatizaba con el fascismo, y por esa razón ella y Elvio se habían tratado siempre con frialdad. Se contaba en la mesa que cuando en Italia estalló la guerra la tía Julia había armado un paquete con sus joyas más caras y se lo había mandado por correo a Mussolini para aportar a la causa. De joven, Dorita también había sido muy hermosa, aunque el veredicto de la familia sobre ella era que «no le daba la cabeza». Decían que toda la inteligencia la había heredado su hermano Sandro, irnos años menor, que, a pesar de ser el brillante de la familia, tenía problemas con el alcohol y nunca aparecía por la trattoria porque era croupier en el casino y trabajaba de noche. Dorita había estudiado música y se había recibido de profesora de piano, pero no tenía alumnos porque su salud era demasiado delicada, decía ella, y siempre que un pariente intentaba recomendarle a alguien que quería tomar lecciones, Dorita se disculpaba diciendo «esta *zimana* no, estoy con *cólicoz*» o «tengo una *tozezita*, no *eztoy* para dar *claze*». Otro de los motivos por los cuales al Chiche no le gustaba pasar tiempo con ella era que hablaba constantemente de dolencias y, después de escucharla, él también empezaba a sentirse enfermo.

La debilidad de Dorita eran las joyas de fantasía, las coleccionaba de todos los tamaños y colores, y no salía de su casa sin adornarse y maquillarse con esmero. Usaba el pelo negro inflado y esponjoso y llevaba la boca pintada de rojo y de ningún otro color.

—El *rouge roza* es para las *jovenzitaz*. Y el naranja, para las *mucamaz* —decía.

El Chiche la criticaba por su compulsión a comprar joyas y decía que con todos esos años de gastar en baratijas podría haberse comprado otro departamento.

Una vez, a Dorita le tocó el timbre un vendedor de aspiradoras con mucho carisma que, después de charlar un rato, la convenció de comprar un modelo verde pistacho que dejaba los pisos y las alfombras como nuevos. Ese vendedor se llamaba Valdemar y empezó a visitarla todas

las semanas con la excusa de revisar el aparato nuevo y enseñarle a usarlo. Dorita lo hacía ir los viernes a la tarde, cuando su madre, Julia, se iba con dos amigas a tomar el té al Torreón. Después de varias de esas visitas y alguna que otra copita de anís, Valdemar convenció a la prima Dorita de casarse con él, y unos meses más tarde se mudó al departamento en el que vivían las dos mujeres. Reemplazaron la cama de soltera de una plaza por una doble matrimonial con respaldo de hierro bañado en oro. Dorita estaba orgullosa de su marido y, después de la luna de miel —que había sido muy corta, en Mar Chiquita—, entraba en la trattoria del brazo de Valdemar, altiva como una reina. Las cocineras y las camareras decían que Valdemar era buen mozo, «un churrasco». Carmela no estaba de acuerdo:

—Para churrasco le sobra un poco de grasa.

Valdemar progresó en el rubro de venta de aspiradoras y en unos años pasó de vender a domicilio a tener su propio negocio inmobiliario. Compró varias propiedades, entre ellas un local comercial en el que puso una rotisería. Necesitaban a una cocinera para ocuparse de la comida y a Dorita se le ocurrió que podían contratar a Carmela, que cocinaba muy bien y había quedado viuda y sin plata. Carmela aceptó pero puso una condición: cocinaría de todo, menos sorrentinos.

Así fue como Carmela empezó a preparar para ellos milanesas, lasagnas, sándwiches de muchos tipos, papas fritas y otras minutas que se vendían en el mostrador del local, atendido por una de las hijas del primo Ernesto. Valdemar quería ahorrar y no contrató a un ayudante de cocina, de modo que Carmela tenía que hacer todo el trabajo sola y terminaba la jornada cansada y humillada. La mortificaba pensar que había sido dueña de un hotel y un restaurante y ahora tenía que trabajar para la prima Dorita, la más tonta de la familia. Además, antes de cerrar, Dorita acostumbraba pasar por la cocina y revisaba las alacenas para asegurarse de que Carmela no estuviera llevándose nada a casa.

—Tan boluda no era —dijo el Chiche al escuchar el relato de su hermana.

El local de comidas de Dorita y Valdemar daba a un pequeño jardín con una despensa y un limonero, donde Carmela salía a tomar aire y descansar unos minutos del calor de la cocina. Cuando veía algún pájaro posado en las ramas del árbol, juntaba las manos y le decía, recordando su cuento favorito:

—¡Pájaro! ¿Para cuándo la fortuna? ¡En la vejez, no! ¡Ahora!

Dorita y Valdemar coincidían muchas veces en la trattoria con el primo Ernesto y su esposa, una mujer de larga cabellera rubia a la que llamaban «la Coca». Ernesto y la Coca habían tenido dos hijas: Teresa —la que trabajaba en la rotisería— y «la Matilde nuestra» —que era la madre de la bailarina de la televisión—. Carmela siempre recordaba que una vez, después de cenar en la trattoria, Ernesto y la Coca se habían ofrecido a llevarla en auto hasta su casa. En el trayecto, la Coca, que iba sentada en el asiento del acompañante, había dicho:

—¡Me muero de calor! Voy a sacarme la bombacha. —Y se la había sacado. Entonces el primo Ernesto empezó a manejar mucho más rápido y llegaron a lo de Carmela en menos de diez minutos. Carmela narraba esa anécdota con estupor, porque ese día se había dado cuenta de que la Coca, casada y todo, era bastante catrosha.

Cuando se encontraban en la mesa de la trattoria, Valdemar y la Coca hacían chistes y se festejaban los comentarios, criticaban a todos y tenían entre ellos la complicidad de dos

extranjeros que visitan una tribu. Además, si había alguna fiesta familiar, como un casamiento, Valdemar y la Coca eran los primeros en salir a la pista a bailar.

Valdemar era de los que insistían en sugerirle al Chiche cambios en la trattoria. Opinaba que tenía que servir cornalitos, que eso era lo que les gustaba a los turistas. Además, si servía cornalitos, también podría atraer a la gente que iba especialmente hasta el puerto a comer pescado.

—¡Mar del Plata! —decía Valdemar, haciendo énfasis en la palabra «Mar»—. ¡La gente quiere comer pescado! ¡En Montecarlini sirven paella y cornalitos!

El Chiche no se molestaba en responder, o a lo sumo exclamaba «¡Boh!» y cambiaba de tema. Los cornalitos y los restaurantes tenedor libre del puerto le parecían cosa de chinosos y los platos de cocina internacional que servían en Montecarlini eran, por supuesto, una papocchia.

Entonces sucedió que Ernesto y Dorita empezaron a notar que Valdemar y la Coca se ausentaban de casa los mismos días, y a veces los primos se encontraban en la trattoria solos porque sus respectivos marido y mujer estaban ocupados en algún mandado incierto. A pesar de su fama de tonta de la familia, Dorita sospechó primero, y un día en que su marido desapareció sin motivo fue a buscarlo hasta la casa de veraneo que Valdemar había comprado en Miramar. Tocó el timbre y le abrió la puerta la Coca, que estaba en malla y tenía el pelo morocho y muy corto.

Esa noche, en la mesa de la trattoria, y todavía en estado de *shock*, Dorita contó:

—¡Uza peluca! —Y el Chiche entrecerró los ojos como diciendo «lo sabía».

La familia se revolucionó con el descubrimiento de la doble traición y algunos sintieron pena por Dorita, aunque una historia semejante no dejaba de ser, al mismo tiempo, fuente de enormes satisfacciones para la familia: todos apreciaban los eventos que pudieran convertirse en tema de conversación.

Ernesto tardó más tiempo en aceptar la verdad. Estaba muy enamorado de su mujer y se negaba a creer que lo hubiera dejado por el marido de su prima, al que consideraba un spaccone sinvergüenza y vividor.

—Yo podría haber sido un bolchevique —repetía cuando lo abrumaba la tristeza.

—Y en cambio, terminaste cornudo en este país de mierda —le decía el Chiche.

Ese otoño las dos parejas se divorciaron y en el reparto de bienes Dorita se quedó con la propiedad de Miramar. Cuando fue a limpiar y a dejar la casa en condiciones para poder venderla, encontró la peluca rubia de la Coca, olvidada en un rincón después de algún encuentro amoroso.

—¡Y *zaben* qué *hize*? —decía al contar la anécdota—. ¡*Ze* la vendí! Fui a la *caza* de empeño y *zaqué* unos buenos *pezoz*.

Esa parte de la historia era festejada por todos: cuando Dorita llegaba a la parte de «*ze* la vendí», la familia y el personal de turno aplaudían y estallaban en carcajadas y repetían: «¡Se la vendió!».

Poco después del divorcio, Dorita y la Coca se cruzaron un día en el centro, en la puerta de la tienda Famularo. La Coca le dijo al pasar:

—Saludos de mi marido.

Y Dorita respondió:

—¡*Tu* marido? ¡*Mi* marido!

La réplica se volvió célebre y muy pronto todos en la trattoria la repetían. Desde entonces,

Dorita no solo fue conocida por ser «la más tonta de la familia» sino también por ser la autora de esa frase, que entró muy profundo en el repertorio familiar. Tanto, que a veces cuando el Chiche hablaba con alguna mujer y en medio de la conversación ella mencionaba a su propio marido, él la interrumpía diciendo:

—*¿Tu marido? ¡Mi marido!*

Valdemar y la Coca vivieron juntos durante mucho tiempo, y naturalmente nunca volvieron a pisar la trattoria, que era terreno de Dorita y de Ernesto. Años después, cuando Valdemar murió, llegó el rumor de que la Coca había hecho enterrar las cenizas de su amante en el jardín de la casa y que en verano se sentaba en una reposera junto a sus restos y tomaba sol sin bombacha, leyendo revistas.

Con el divorcio de Dorita y Valdemar cerró también la rotisería y Carmela pudo dejar de cocinar minutas en esa pequeña cocina esclavizante. La prima Dorita siguió viviendo sola con su madre, aunque nunca se deshizo de la cama con respaldo de hierro bañado en oro ni de la aspiradora verde.

Como Carmela volvió a quedarse sin trabajo y sin dinero para pagar las deudas que arrastraba desde la muerte de Elvio, un día, mientras comían, el Chiche le volvió a ofrecer que trabajara con él supervisando la cocina. Carmela dobló y estiró una servilleta que tenía en el regazo y le respondió en napolitano:

—*Va bbene.*

La familia tenía la creencia de que en cada generación nacía un varón que salía catrosho. El Chiche era el catrosho de su generación, pero seguramente algún día habría catroshos más jóvenes y también los habría habido más viejos, en Italia. Los catroshos por lo general no tenían hijos, y cuando eran los únicos herederos de una casa, con ellos solía extinguirse un apellido.

En esa época, los catroshos marplatenses se reunían en Playa Chica, que era una pequeña bahía rocosa, al sur del centro, con una gran panorámica del mar. En esa playa las olas golpeaban con fuerza y los bañistas tomaban sol sobre las piedras, porque casi no había arena entre el agua y el modesto acantilado de roca. A pesar de tener una gran vista, no era una playa muy cómoda para bañarse y en los tiempos en que el Chiche y sus amigos la frecuentaban todavía no se había puesto de moda, algo que sí sucedió, pero muchos años después. Durante el verano, Pepé esperaba que el Chiche terminara el turno del mediodía y juntos bajaban en auto por la calle 9 de Julio hasta el Boulevard, tomaban Avenida Colón y bordeaban la costa hasta el barranco rocoso, donde termina la calle Alberti. A veces pasaban a buscar a algún otro amigo por el camino e iban todos juntos a la playa.

El Chiche le daba mucha importancia al color de la piel. Le gustaba quemarse porque lo hacía sentir saludable. Las pieles muy blancas le producían rechazo, y decía:

—Las blancas son más sciaquadas.

En una época incluso le pedía a Pepé que le consiguiera un medicamento que tomaban los albinos, unas pastillas de tirosina que estimulaban el bronceado. Pepé se reía de esa manía pero igual le conseguía las pastillas y le decía:

—Ojo con quedar como Nat King Colé.

Los dos se reían con la mención de Nat King Colé y cantaban la letra de «L-O-V-E» de camino a Playa Chica:

*L, is for the way you look at me
O, is for the only one I see
V, is very, very extraordinary
E, is even more than anyone that you adore.*

A veces alguien en la mesa de la trattoria contaba que había visto a tal o cual persona, por ejemplo a un antiguo profesor del secundario, tomando sol sobre las piedras de Playa Chica. Y nadie lo decía en voz alta, pero quedaba asumido que ese profesor era catrosho.

Cuando Cecilia, una sobrina nieta del Chiche, se apareció en la trattoria con su primer novio, todos se sorprendieron: era catrosho, pero ella no se daba cuenta. El muchacho iba a visitarla todas las noches y comía sorrentinos en la mesa de la familia. Aprendió enseguida el protocolo de no cortarlos nunca con cuchillo y se secaba la comisura de los labios con la servilleta de manera muy elegante. Al Chiche le caía bien porque hablaba en inglés y sabía de arte y de cine. Había aprendido inglés mirando películas, como el Chiche mismo cuando era joven. Se vestía con ropa que parecía de otra época, con chalecos que la madre le tejía.

—No uso *jeans* porque me paspo —dijo una vez, y varios familiares cruzaron miradas de asombro.

—Sí, claro, te entiendo —dijo el Chiche.

Los que estaban sentados a la mesa no agregaron nada y siguieron comiendo en medio de un silencio incómodo.

Nadie le dijo a Cecilia lo que pensaban de su novio. Hubiese sido un golpe para ella y, en caso de separarse, los demás se habrían quedado sin un gran tema de conversación en la mesa. La relación duró poco tiempo y finalmente él la dejó diciendo que había perdido el interés. Más tarde llegaron rumores de que el Chiche y Pepé lo habían visto tomando sol en las rocas de Playa Chica.

Una noche de verano, un sobrino nieto del Chiche al que llamaban Rolo, y que estaba terminando el secundario, salió tarde de un trabajo temporario que había tomado cerca de Playa Chica. Rolo era joven y no tenía auto ni plata para el colectivo. Empezó a bordear la costa para volver a casa caminando en la noche fresca, pero a los pocos metros un auto frenó a su lado y se abrió una de las puertas de atrás. Manejaba el Chiche y Pepé iba sentado en el asiento del acompañante. Iban paseando por la costa, mirando a la gente, y lo habían reconocido. Alcanzaron a Rolo hasta su casa y le dijeron que la próxima vez que saliera del trabajo anduviera con más atención.

—¡Esta zona está llena de catroshos! —le advirtieron—. ¡Decí que te vimos!

Ese sobrino era muy querido por el Chiche, y algunos en la familia pensaban que tal vez se convertiría en el catrosho de su generación, pero no fue así. A Rolo siempre le gustaron las mujeres y, cada vez que llevaba a una novia nueva a la trattoria, el Chiche la recibía con gran amabilidad y desplegaba con ella todo su encanto de anfitrión. Cuando Rolo contó que quería anotarse en la universidad para estudiar bioquímica, su abuela Carmela se alarmó y dijo, pensando en Pepé:

—Mejor que estudie otra cosa... ¡Los bioquímicos se dan a la bebida!

Es que los problemas de Pepé con el alcohol eran cada vez más evidentes y sus peleas con el Chiche estallaban con más frecuencia y por cuestiones banales. En el último tiempo estaba obsesionado con la historia de un científico inglés que había ayudado a decodificar los mensajes de los nazis, y gracias a su aporte los aliados habían ganado la guerra. Además de ser un genio, ese científico era catrosho, y a causa de su condición había tenido un final tristísimo de soledad y miseria. En uno de sus viajes al extranjero, Pepé había conseguido un libro con las biografías de varios científicos famosos, y había subrayado y leído una y otra vez el capítulo dedicado al inglés y le leía al Chiche sus fragmentos favoritos en la mesa.

En una época que parecía muy lejana, Pepé había estado casado y había tenido un hijo al que no veía nunca. No le gustaba recordarlo y sentía mucha tristeza por haberlo abandonado, pero al mismo tiempo no veía la manera de acercarse a él porque no se imaginaba como padre de ningún

niño. La familia sabía todo esto por Carmela. Cuando Pepé tomaba de más y se quedaba charlando en la mesa hasta bien entrada la madrugada, ella se convertía en su confidente y él le contaba cosas que en otro momento nunca mencionaba. Charlaban del científico catrosho y del Chiche, de la muerte de Elvio y del hijo de Pepé. En el restaurante jamás se hablaba del tema, y muy pocos, además de Carmela, sabían de su existencia.

Las peleas entre el Chiche y Pepé duraban a veces varias semanas y hasta meses enteros, y la reconciliación siempre era misteriosa y parecía definitiva. El primer reencuentro entre ellos no sucedía en el restaurante sino en algún otro lugar, porque cuando Pepé volvía a aparecer el Chiche y él se saludaban y charlaban como si no hubiese pasado nada. No bien se sentaba a la mesa de la familia, Carmela le hacía traer un antipasto y le pedía las últimas noticias de la telenovela de moda, que Pepé le relataba con mucho detalle.

En uno de sus períodos de aislamiento y soledad, después de una pelea con el Chiche, Pepé se encerró en el laboratorio del hospital en el que trabajaba y, emulando al científico inglés que tanto le gustaba, mordió una manzana rociada con cianuro. Como era bioquímico, sabía perfectamente qué dosis debía tomar para que el veneno actuara inmediatamente. Lo encontraron sus compañeros de laboratorio tirado en el piso, con el guardapolvo blanco que formaba un halo a su alrededor y la manzana mordida en la mano, como un personaje de cuento de hadas.

Al funeral asistieron varios de los sobrinos del Chiche. Pero no hubo misa porque Pepé no la hubiera querido, aunque, a pedido de la familia, el padre Adelfi dio una bendición privada antes de que se llevaran el cuerpo para cremarlo.

Después de la muerte, el Chiche se encerró en su habitación durante días. Nadie se animaba a molestarlo o a tocarle la puerta para ver cómo estaba. Solo Adela tenía permitido subirle la sopa y llevarse la ropa para lavar.

—El tío no quiere ver a nadie —les decía a los sobrinos cuando ellos preguntaban por él y pedían subir a visitarlo.

Desde su habitación, en la planta alta de la trattoria, se filtraba el reflejo azulado de la televisión y por las noches se oía sonar un disco de Nat King Colé que hacía vibrar el techo del amplio salón en penumbras.

Carmela les pidió especialmente a las encargadas de los postres que, hasta nuevo aviso, no volvieran a servir platos que tuvieran manzana en ninguna de sus formas.

—Nunca me gustaron las manzanas —empezó a decir—. ¡La fruta de la serpiente!

Unas semanas más tarde, el Chiche bajó de su habitación usando anteojos oscuros de vidrio verde y volvió a ocuparse de las tareas habituales, de recibir a los proveedores y de saludar a los clientes que llegaban a comer.

Un día, mientras la familia comía, a Carmela se le escapó el nombre de Pepé:

—Qué hombre brillante. Y qué sufrido —dijo, secándose una lágrima con el pañuelo.

Todos se miraron y se hizo un silencio que duró unos segundos. El Chiche, que en ese momento tomaba la sopa, detuvo la cuchara en el aire y dijo:

—Y qué muerte de catrosho.

En los años que siguieron el Chiche y Carmela manejaron el restaurante como un equipo insuperable y las comidas recuperaron poco a poco el esplendor que habían perdido tras la muerte de Electra. El primer día que Carmela llegó a la trattoria para trabajar, se arremangó la blusa hasta los codos, se pasó por el cuello un delantal blanco y les pidió a todas las cocineras que la rodearan. Puso una gran olla con aceite de oliva sobre el fuego, eligió los mejores dientes de ajo, los peló y les mostró a las mujeres cómo tenía que prepararse la salsa para los sorrentinos, una salsa perfecta que no competía con el sabor de la pasta ni con su consistencia, que no era muy densa ni muy líquida, con el grado justo de acidez y de sal. A los pocos minutos, un perfume de tomate y laurel llenó cada rincón del enorme salón iluminado.

El renombre de la Trattoria Napolitana de Chiche Vespolini ya se extendía por todo el país, y eran pocos los amantes de las pastas o de la ciudad de Mar del Plata que no conocieran el famoso local de La Perla, con su farol de vidrio rojo, sus paredes cubiertas de cuadros y su cocina a la vista. Ese año, durante la temporada alta de verano, el lugar se llenó de personajes de la farándula y de periodistas de la televisión, que se paraban al lado de las mesas para entrevistar a los comensales y les preguntaban qué estaban comiendo, cuál era su plato favorito y hacía cuánto tiempo conocían el restaurante. Hombres y mujeres de todas partes declaraban que no concebían el hecho de viajar a Mar del Plata sin pasar a comer un plato de los famosos sorrentinos Don Umberto®.

La popularidad del sorrentino siguió creciendo, e incluso llegaron rumores de que en Buenos Aires otro restaurante italiano llamado Sorrento se adjudicaba la invención de la pasta. El Chiche, sin embargo, había dejado de preocuparse por esas cuestiones.

—Si les gusta la papocchia, que coman papocchia. Deben ser peores que los de Montecarlino —respondía, y hacía su gesto de fruncir la nariz y bajar la comisura de los labios cada vez que le contaban que en las casas de pastas de todo el país se vendían sorrentinos con rellenos inverosímiles de centolla, calabaza o queso provolone, o con un borde de masa que les daba aspecto de sombreros.

Finalmente, Carmela pudo pagar sus deudas. De la pequeña fortuna que había tenido con Elvio solo le habían quedado la casa y una magra pensión, pero sus hijos la ayudaban con los gastos y, por el trabajo que hacía en la trattoria, el Chiche le daba un dinero que cubría todas sus necesidades. Además, nunca tenía que preocuparse por la comida y, antes de irse a su casa, el Chiche hacía que las cocineras le prepararan paquetes llenos de queso, panes, frascos de conservas y botellas de vino, para que tuviera siempre la alacena llena, como en las épocas del

hotel.

El Chiche seguía esperando secretamente que se cumpliera la profecía de la sibila. La mujer había hecho dos profecías. Una, la de la muerte de Elvio, se había cumplido enseguida. Habían pasado más de treinta años y de la otra, la que le había augurado a Carmela una fortuna que vendría de un lugar inesperado, todavía no tenían noticias. Cuando alguno de sus sobrinos sacaba el tema, él decía:

—Ya va a llegar, hay que tener paciencia. Era una sibila verdadera, como la del rey Tarquino.

Entonces, sentados a la mesa, imaginaban situaciones fabulosas en las que Carmela recibía una vieja herencia italiana o encontraba un tesoro que Elvio, antes de morir, había enterrado en el pequeño patio de la casa.

Carmela no había podido superar la muerte de su marido y recordaba a Elvio una y otra vez. A veces tenía estallidos de celos y les pedía a los gritos a sus hijos que la llevaran hasta el cementerio de La Loma. Les decía que había que hablar con los encargados y hacer que cambiaran el cajón de lugar, porque la enloquecía que Elvio pasara la eternidad junto a una mujer que no fuera ella. En ocasiones, llamaba a su hijo Manuel al trabajo a cualquier hora del día y le decía, secándose las lágrimas con un pañuelito:

—¡Llévame al cementerio! Tu papá, al lado de una catrosha para siempre... ¡No es justo, no es justo!

—¿Qué sabes si era una catrosha? —le respondía Manuel, y ella se largaba a llorar y se tapaba la cara con las manos.

Por esa misma época, los vecinos de Carmela empezaron a notar que estaba cada vez más confundida y perdida. Se lo comentaron a la familia, pero ni el Chiche ni sus hijos le dieron a esto mayor importancia, porque era común que Carmela no entendiera algunas cosas y todos estaban acostumbrados a ciertas pequeñas excentricidades suyas, como cuando cantaba a viva voz en napolitano a primera hora de la mañana, con la ventana abierta de par en par. Sin embargo, con el tiempo sus estallidos de celos se hicieron más frecuentes y sus hijos empezaron a percibir cambios en su personalidad, que se volvió alternadamente agresiva y delirante. Sus visitas a la trattoria empezaron a ser cada vez más esporádicas. Cuando ella y el Chiche charlaban, lo único que hacían era recordar a sus hermanos muertos, a Electra, a Umberto y a Totó, los acantilados y la casa amarilla de Sorrento, en la que el Chiche no había vivido, pero que también formaba parte de sus recuerdos de Italia. Llegó un momento en que Carmela dejó de hablar de cosas inmediatas y cotidianas y solo decía abstracciones y mencionaba episodios muy antiguos del pasado. También empezó a decir que por las noches la visitaban ángeles y animales exóticos que bajaban del techo envueltos en luces fosforescentes. Entonces sus hijos y nietos decidieron internarla en un geriátrico y eligieron una habitación con vista al jardín, que estaba repleto de árboles. Pensaban que Carmela quería estar en contacto con la naturaleza porque, hacia el final, no hacía más que repetir:

—¡Pájaro! En la vejez, no... ¡Ahora!

Carmela murió en otoño, al igual que Elvio. Esa noche, después de un día gris y plomizo de mayo,

antes de acostarse a dormir, le contó una vieja historia de Sorrento a una nieta que había ido a visitarla y estaba sentada junto a su cama:

—Un día, cuando tenía doce años —le dijo—, me subí a un barquito con el primo Ernesto, que era chico y estaba siempre enfermo. Entonces remé y remé hasta que la costa se hizo invisible. Quería llegar a África, donde viven los negros con el pelo mota. Se empezó a hacer de noche, y un pescador que volvía al puerto con el bote cargado nos pasó y nos reconoció, y como yo estaba cansada de remar, poco a poco nos arrastró de vuelta a la costa. Si hubiésemos llegado a África... ¡qué felices habríamos sido!

Carmela había tenido tres hijos, siete nietos y once bisnietos. Cuando murió, la enterraron en el cementerio de La Loma, el mismo donde estaba su marido, pero en un lugar muy apartado de él. Mientras se alejaba caminando del sitio donde habían dejado a su hermana, el Chiche, que intentaba no mirar demasiado las tumbas por temor a encontrarse con algún conocido, leyó sin querer la inscripción que estaba grabada en el panteón más cercano: «Camilo Fortuna & familia». Entonces se acordó de la profecía de la modista.

—Acá estaba la fortuna... ¡Boh!

Y con un escalofrío se alejó del lugar lo más rápido posible.

Unos meses después, el Chiche decidió dejar las habitaciones que había ocupado por cuarenta años en la parte de arriba del restaurante y compró un departamento sobre la calle Balcarce, al que podía llegar caminando en pocos minutos. La nueva casa tenía espacio para albergar la colección de porcelanas Richard Ginori y las obras de arte que a veces compraba en sus viajes a Italia.

No bien se mudó, invitó a varios de sus sobrinos a comer y le pidió a Adela que fuera más temprano a preparar la comida y poner la mesa. La mujer había empezado a trabajar solo medio turno en la trattoria y por la tarde limpiaba y lavaba la ropa del Chiche en el nuevo departamento. Como había pasado en el restaurante los últimos treinta años de su vida, lo costaba acostumbrarse al cambio, y se movía por la casa como una sombra, siempre con la cofia y el delantal immaculados. Abría las puertas de las alacenas subirla a un banquito y su rostro se iluminaba cada vez que encontraba lo que estaba buscando: los vasos, los cubiertos, las servilletas.

Cuando llegaron los invitados y todo estuvo listo para sentarse a comer, el sobrino al que llamaban Rolo le dijo al Chiche:

—Tío, no hay lugar para que se siente Adela.

El Chiche le respondió, con gesto confundido:

—Adela no come con nosotros. No es de la familia.

Llevaba unos meses viviendo en la calle Balcarce cuando una noche, mientras caminaba las cuadras hasta su casa después del turno, el Chiche se encontró con dos jóvenes parados en la puerta de su edificio que le cerraron el paso y le pidieron plata. Él les dijo que no tenía nada e intentó entrar en la casa. Entonces ellos lo amenazaron y lo obligaron a subir. El Chiche les dio unos dólares que tenía guardados, pero ellos lo tiraron al piso y lo golpearon. Mientras veía con los ojos semicerrados cómo los jóvenes recorrían el departamento buscando las cosas más valiosas, todo en su cabeza se volvió confuso. Cuando despertó y logró llamar a la policía y a sus sobrinos, descubrió que la colección completa de porcelanas había desaparecido, junto con otros objetos y obras de arte.

Mientras estuvo internado recuperándose de los golpes y las magulladuras, el Chiche se aprendió los nombres de todos los médicos y las enfermeras, a las que daba generosas propinas cuando entraban a su habitación a atenderlo. En los pasillos del sanatorio se empezó a correr el rumor de que Chiche Vespolini tenía junto a la cama un gran monedero de cuero lleno de billetes y

que recompensaba con dinero cada pequeño servicio. Las enfermeras del piso en el que estaba internado se peleaban para ocuparse de él, y cuando una entraba y veía que otra le había ganado de mano fulminaba a su compañera con la mirada. Todos los sobrinos pasaron por la clínica a visitarlo, y eran recibidos con extrema cordialidad por el personal de la clínica.

—Enfermeras más catroshas no vi nunca en mi vida —decía el Chiche cuando algún sobrino entraba en la habitación.

El Chiche odiaba estar enfermo y sentirse mal, pero también encontraba un placer infantil en ese encierro, una sensación parecida a la que tenía de chico, cuando creía estar frente a una catástrofe que le permitiría permanecer en casa muchos días y dedicarse a comer y a leer novelas. Le dio instrucciones a Adela para que cuando fuera a verlo le llevara en secreto paquetes con medialunas, Coca Cola y chocolate, que ella llevaba en la cartera, envueltos en servilletas de la trattoria, y que el Chiche se cuidaba muy bien de esconder de la vista de los médicos. A la noche, después de la última ronda de inyecciones y medicamentos, sacaba las golosinas del cajón de la mesa de luz y se las comía rápido mirando alguna película en la televisión.

A partir del robo, su estado de salud se fue deteriorando lentamente. Volvió a su departamento y pronto retomó las tareas en el restaurante, pero, aunque había perdido varios kilos por la dieta del hospital, su cuerpo parecía incluso más pesado y más lento que antes. Por primera vez, después de aquel día lejano en que había tomado el mando tras la muerte de Umberto, el Chiche dejó que una de sus sobrinas y su marido se hicieran cargo de la administración general. Él seguía pasando por las mesas, saludaba a los clientes y charlaba un rato con ellos, pero algunos viejos comensales que lo conocían desde hacía mucho empezaron a notar que su conversación se volvía menos chispeante y atenta y que a veces, mientras conversaban, el Chiche no respondía y se quedaba mirando hacia la nada, con las manos apoyadas en el bastón que había empezado a usar.

Todos los mediodías, durante el almuerzo, el mozo Mario, al que el Chiche llamaba Carpi, le leía el diario y deslizaba su nombre en alguna noticia: «Secuestran 15 kg de marihuana de un camión que se dirigía a Mar del Plata. Se sospecha que el conductor era Chiche Vespolini». El Chiche resoplaba una carcajada y seguía tomando la sopa. Los sorrentinos y también otras pastas le estaban vedados, lo mismo que las salsas, las frituras y los dulces de todo tipo.

—¡Todo papocchia! —decía él, arrugando la nariz cada vez que le traían la sopa de arroz, las verduras hervidas o el postre de compota asada que tenía permitido por los médicos. Cuando estaba solo con Adela, le daba varios billetes y le pedía a la mujer que le comprara bombones en el kiosco de la esquina. La gente de ese kiosco lo conocía y lo estimaba, y cuando Adela llegaba y pedía bombones ellos le decían:

—Más vale que no sean para Chiche Vespolini.

—No, son para mí —decía Adela, y volvía caminando rápido porque se ponía colorada cuando tenía que decir una mentira.

Por la noche, terminado el turno, Mario lo acompañaba hasta su casa y subía con él a su departamento; lo ayudaba a ponerse el pijama y no se iba sin antes activar la alarma que los sobrinos habían hecho instalar en la puerta.

Al final, Mario fue el único testigo de su muerte. El Chiche lo llamó una mañana porque no se sentía bien y le pidió que lo buscara en un taxi para llevarlo a la clínica. Su departamento quedaba muy cerca del hospital, pero el Chiche le pidió al taxista que hicieran el camino más largo, bordeando la costa, para poder ver el mar:

—¿Te acordás de Electra? —le preguntó a Mario, mirando la playa por la ventanilla.

—No me acuerdo, Chiche, yo no trabajaba con usted todavía.

—¿Y de Elvio? ¿Y de Carmela? ¿De ellos te acordás?

—De Carmela me acuerdo.

—¿Y de Pepé?

—Un poco me acuerdo, sí.

—¿Te acordás de Sorrento, Mario? ¿Y de Nápoles? ¿Te acordás de Nápoles?

—Me acuerdo, Chiche. Usted me llevó para que lo acompañara. Sorrento es hermosa. Nápoles también.

—Nápoles es la ciudad de las sirenas, ¿te acordás de las sirenas?

—Sí, me acuerdo.

—¿Te acordás de la tarantella sorrentina, que imita el movimiento de las sirenas?

—Me acuerdo.

—¿Y te acordás del emperador Augusto? ¡Qué grande era el emperador Augusto!

—Me acuerdo, Chiche.

—¿Te acordás de cuando éramos imperio? ¿Te acordás de cuando Pepé y yo éramos gnósticos cátaros?... ¿Te acordás del *grand tour*?... ¿Te acordás del baión? ¿De Umberto... te acordás? ¿Te acordás de cuando éramos pobres? ¡Ah, qué mishadura!... ¿Y te acordás de Steve McQueen? ¡Qué manera de filmar papocchia! ¿Y de Nat King Colé?... *Our boys! Our boys to the moon!* ¿Y cuando vimos al Papa en la plaza San Pedro? ¿Te acordás de que los judíos no tienen infierno? ¿Y de Silvana Mangano? De joven era un poco catrosha, como la prima Dorita... Pobre Dorita, era linda de joven, pero le faltaba pensamiento abstracto... ¿Te acordás de la antigua Grecia, cuando éramos todos catroshos? ¿Te acordás del rey Lasagna? ¿De Máximo Gorki? Yo no lo conocí, pero vivía en Sorrento... quiso adoptar a mi primo Ernesto. ¿Te acordás de Sorrento? ¿Y te acordás del mar de Sorrento? ¿Y de la casa amarilla te acordás? ¡Qué casa! Solo la vi en fotos. Ahora es una casa de ricos. ¿Te acordás de cuando éramos ricos? ¿Te acordás?



VIRGINIA HIGA es una escritora y traductora argentina. Descendiente de japoneses e italianos, nació en Bahía Blanca en 1983 y vivió en Mar del Plata, Río Tercero y Buenos Aires, donde estudió Letras. Ha publicado relatos y reseñas en antologías y medios digitales. En la actualidad vive en Estocolmo, trabaja como traductora literaria y da clases de español. *Los sorrentinos* es su primera novela.